
HARLEQUIN
Deseo
sin ataduras
Su primera vez
NATALIE ANDERSON



Su primera vez

NATALIE ANDERSON



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

SU PRIMERA VEZ, N.º 1922 - junio 2013
Título original: First Time Lucky?
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

Gabe Hollingworth frunció el ceño mientras miraba la pegatina que llevaba en el parachoques el coche que tenía delante. Las curvilíneas siluetas que aparecían en esta le recordaron que al día siguiente era día de audición. La mitad de su equipo estaría allí para echar un vistazo a las posibles adiciones al grupo de seductoras damas. Pero mientras los jugadores veían a las damas como una posible diversión, Gabe pensaba que las mujeres eran las cazadoras, no las cazadas, con sus brillantes ojos, sus sugestivas poses y licenciaturas en auténtico coqueteo. Era posible que apoyaran oficialmente al mejor club de rugby del país, pero también habían trastornado la vida de más de un hombre, incluyendo la suya. De manera que al día siguiente él estaría a años luz del estadio a la hora de la audición.

Tomó el siguiente giro a la izquierda mientras el coche de delante seguía en línea recta. Aliviado, volvió automáticamente la mirada hacia la propiedad que había en el borde del parque. Hacía tanto que sentía curiosidad por esta que se había convertido en una costumbre. De manera que se fijó de inmediato en el cartel de «se alquila» con un número de móvil incluido y que aquella misma mañana no había estado allí. Estuvo a punto de sacar el móvil, pero lo que hizo fue detener el coche. Lo mejor sería echar un vistazo en persona, se dijo mientras salía.

Asumiendo que pudiera encontrar la entrada. Había un decrépito garaje en el borde del sendero y una espesa hilera de plantas y follaje parecía impedir por completo el paso a los terrenos de la casa. Al acercarse vio un sendero realmente estrecho por el que pasar entre los árboles y los arbustos. Tuvo que encogerse para que las ramas no le rozaran demasiado los brazos desnudos. Por lo complicado que resultaba llegar hasta ella, supuso que la casa estaría abandonada. Pero aquella especie de fortificación lo intrigaba y la idea de tener un escondite en el centro de la ciudad resultaba muy atractiva, sobre todo teniendo en cuenta la pesadilla en que se había convertido su último ligue. Allí no habría posibilidades de que una examante desquiciada decidiera invadir la casa; alguien tan exquisito como Diana jamás arriesgaría sus uñas y su piel entrando en un sendero como aquel.

Siguió avanzando unos metros entre el follaje y unos instantes después se encontró parpadeando a cielo abierto. Al contemplar la visión que apareció ante sus ojos olvidó al instante las rozaduras de sus brazos. Estaba claro que no se trataba de un lugar abandonado.

A Roxie solo le faltaba por limpiar el baño de abajo para que la casa quedara completamente limpia y lista para ser ocupada. Estaba empeñada en acabar esa misma tarde porque la optimista que llevaba en su interior esperaba que al día siguiente llamara alguien para alquilar la casa. Y en cuanto terminara tenía intención de volver a su estudio, tomar una ducha y meterse en la cama. Se había pasado limpiando casi todo el día y, mientras lo hacía, no había dejado de pensar en lo distinta que parecía la casa sin muebles. Ya nunca sería la misma, pero, en su corazón, siempre la consideraría su hogar. Aquel lugar era todo lo que le quedaba, pero, por mucho que le costara aceptarlo, necesitaba alquilarlo para conseguir dinero y seguir adelante con su vida.

Los ojos le escocieron mientras limpiaba la ducha, pero no a causa de las lágrimas, pues hacía tiempo que las había consumido todas, sino de los gases que despedía el producto de limpieza que estaba utilizando. Contuvo el aliento mientras pasaba la esponja, pero siguió sintiendo la ácida punzada de los gases. Entre el vapor del agua caliente y aquellos gases apenas podía ver y, debido al ruido del agua, tampoco podía escuchar bien, porque, por encima del sonido de esta creyó oír que alguien la estaba llamando. Pero allí ya no había nadie para llamarla.

Sin molestarse en cerrar los grifos, salió del baño conteniendo el aliento, desesperada por acercarse a una ventana a respirar un poco de aire fresco, porque se sentía muy débil.

—¿Se encuentra bien?

Roxie se sobresaltó, inhaló una última vaharada de vapores químicos y luego gritó. No había mejor método para evitar un desmayo… aunque no servía para mejorar la visión. Lo único que sabía era que en aquellos momentos había un hombre en la habitación al que apenas podía ver.

—¡Tranquila! —exclamó el hombre—. Tranquila. No pretendo hacerle ningún daño.

Roxie dejó de gritar; el sonido del agua corriendo también se acalló. Trató de abrir bien los ojos, pero sintió de nuevo el escozor y tuvo que cerrarlos de nuevo.

—¿Quién es usted? —preguntó con aspereza.

—¿Se le ha metido esto en los ojos?

Roxanna se sintió un poco más relajada el escuchar el tono calmado y autoritario del hombre.

—Creo que el líquido limpiador se ha mezclado con el vapor del agua caliente —contestó, consciente de que aquello no era lo más acuciante en aquellos momentos.

—Ha tenido suerte de no desmayarse —el hombre tomó a Roxanna por el brazo y la acercó hasta el borde de la bañera—. Siéntese.

Roxie parpadeó rápidamente, desesperada por recuperarse. Oyó el ruido del agua corriendo en el lavabo y sintió la caricia de la brisa que entró por la ventana cuando fue abierta. Pero, por mucho que parpadeó, la sensación de escozor en los ojos no remitió. Lo único que lograba distinguir ante sí era una alta figura que se hallaba demasiado cerca de ella.

—¿Quién es usted?

—Gabe Hollingworth. He visto el cartel y he entrado. Siento haberla asustado.

Nadie entraba así como así en aquella casa. La estratégica hilera de arbustos y árboles se aseguraba de ello. La mayoría de la gente creía que aquel lugar era una extensión del parque junto al que se hallaba, la antigua cada del jardinero, o algo parecido. Roxie había entrado por el garaje y lo había cerrado a continuación. De manera que no sabía si creerlo. ¿Habría saltado la valla para robar algo… o para hacer algo peor? Pero si realmente fuera un asesino en serie, o un violador, no la estaría ayudando en aquellos momentos.

—Tiene los ojos realmente irritados —dijo Gabe en tono sinceramente preocupado… y también divertido.

—Desde luego —Roxie apenas podía mantenerlos abiertos, porque le picaban mucho.

—Tendremos que lavarlos.

«Tendremos que nada», pensó Roxie.

—Estaré bien en un minuto —dijo.

—No. Habrá que lavarlos. Soy médico.

Roxie resopló. Tal vez no fuera un asesino en serie, pero no creía que fuera médico.

—Soy médico —repitió Gabe al ver la escéptica expresión de Roxie—. Póngase esto sobre los ojos un momento —añadió a la vez que apoyaba un paño húmedo sobre los ojos de Roxie, que alzó instintivamente una mano para sujetarlo. El agua volvió a correr en el lavabo.

—Alce el rostro —dijo Gabe, y la tomó con delicadeza por la barbilla para que lo hiciera. Retiró el paño y le hizo ladear la cabeza de un lado a otro mientras derramaba un poco de agua sobre cada ojo—. Trate de mantenerlos abiertos —murmuró—. Esto la aliviará.

Su voz sonó junto al oído de Roxanna, cuyo corazón comenzó a latir más deprisa. Hacía casi un año que no estaba tan cerca de nadie…

—¿Mejor? —preguntó Gabe.

Roxie se sintió repentinamente acalorada al recordar que tan solo vestía unos pantalones cortos de lycra y una camiseta. No llevaba sujetador. Notó que el agua se deslizaba de sus ojos a su pecho.

—Me estoy mojando —dijo a la vez que se apartaba.

—No más de lo que ya está —replicó él en un tono ligeramente más impaciente.

—Ya puedo arreglármelas sola —Roxie apartó su barbilla de la mano de Gabe—. Gracias.

El picor de los ojos prácticamente se le había pasado y los abrió para mirar al hombre que tenía ante sí. Parpadeó rápidamente. ¿Estaría alucinando? El hombre debía medir al menos un metro ochenta y tenía los hombros anchos y el pelo y los ojos negros. Vestía vaqueros, camiseta roja y zapatillas deportivas… ¡y era increíblemente atractivo!

—Gracias —repitió para romper el repentino silencio—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—He visto el cartel en que se anuncia el alquiler de la casa.

—Acabo de ponerlo esta tarde —dijo Roxie mientras se levantaba.

—Lo sé.

—¿Quiere alquilar el lugar? —no parecía un posible inquilino. Parecía la clase de hombre que poseía cosas. Muchas cosas. El reloj que llevaba en la muñeca aquel hombre era muy caro, como su calzado y su camiseta de marca.

—Quiero comprarlo —contestó Gabe sin rodeos.

—No está en venta —replicó Roxanna con firmeza.

—¿Dónde está el dueño?

—Lo tiene delante —contestó Roxanna con aspereza.

La sorpresa fue evidente en los oscuros ojos de Gabe.

—¿No me cree?

—No parece… —Gabe negó con la cabeza—. Da igual.

Roxie sabía que había pensado que era demasiado joven como

para ser la dueña de la casa. Seguro que pensaba que era una limpiadora adolescente. Pero lo cierto era que ya tenía veintidós años y hacía cinco que se ocupaba de aquella casa. Le molestó que no la viera como una mujer adulta y capaz. Resultaba irónico que, para una vez en la vida que se encontraba con un hombre espectacularmente atractivo, su aspecto fuera el de una desaliñada adolescente.

Salió del baño con toda la calma que le permitió su agitado corazón.

—La casa nunca estará en venta —dijo con toda la firmeza que pudo—. Siento que se haya esforzado en llegar hasta aquí para nada.

—No para nada —replicó Gabe mientras la seguía—. Siempre he sentido curiosidad por este lugar. Si no le importa, me gustaría echar un vistazo.

Consciente de que no podía negarse después de que acababa de ayudarla, Roxie asintió y abrió los brazos.

—La casa es conocida como La Casa del Árbol. El motivo es obvio.

Gabe recorrió el cuarto de estar con la mirada.

—Sin duda lo es —dijo con evidente aprecio—. ¿Por qué la alquila?

—Porque necesito el dinero.

—Podría obtener una buena cantidad si la vendiera.

—No voy a venderla. Y no me preocupa asegurarme un inquilino —mintió Roxie.

Gabe la observó un momento y luego volvió a mirar la habitación.

—Es única.

Sí. No era la típica construcción moderna con ventanales del suelo al techo, y tampoco era muy grande, pero era una auténtica casa del árbol, pues un viejo y sólido roble que servía a la vez de estructura y de decoración surgía del suelo en uno de los rincones del cuarto de estar. Había sido construida por los abuelos de Roxie, que habían volcado tanto amor, sudor y energía en construir la casa como en cuidarla a ella. Hasta que la enfermedad hizo que todo cambiara y que Roxie tuviera que ocuparse de ambos y también de la casa. No pensaba desprenderse de ella, pero tenía que tener algunas aventuras en aquellos momentos de su vida, o de lo contrario nunca saldría de allí. Era hora de volar libre… pero pensaba conservar su nido para regresar cuando lo necesitara.

—A la mayoría de la gente le encanta. Mi abuelo solía decir que

no había nada como la belleza natural.

Gabe posó su oscura mirada en ella un momento antes de hablar.

—Y tenía razón.

Roxie le devolvió la mirada mientras sentía que se le ponía la carne de gallina. ¿Estaba hablando de la casa? Pero Gabe se había vuelto y no pudo ver su expresión.

—¿Para cuánto tiempo quiere el inquilino?

—Para un mínimo de seis meses, y preferiblemente para un año —contestó Roxie, aunque en realidad se habría conformado con menos.

Gabe se acercó hasta el rincón en que estaba el árbol. La atención de Roxie se vio inmediatamente atraída por su imagen. La parte trasera de su cuerpo, con sus anchos hombros y estrechas caderas, resultaba tan atractiva como la delantera. Tragó saliva mientras sentía que su cuerpo se acaloraba. Estaba claro que había llegado el momento de explorar parte del mundo… y de los hombres que lo habitaban. Era evidente que llevaba demasiado tiempo esperando…

Gabe se volvió de nuevo hacia ella.

—Firmaré por un año.

Roxie abrió los ojos de par en par y, por un instante, olvidó el calor que aún le recorría el cuerpo.

—Ni siquiera sabe cuál es la renta…

—Eso da igual. Y quiero tener prioridad si en algún momento decide vender la casa.

—Hay un par de cosas que aún no le he dicho.

—¿Lleva algunas condiciones incluidas?

Roxie asintió.

La expresión de Gabe se endureció.

—Tengo que seguir viviendo aquí mientras esté en la ciudad —explicó Roxie precipitadamente.

—¿No suele estar normalmente en la ciudad? —preguntó Gabe con aspereza.

—Me voy al extranjero.

—¿Cuándo?

—Pronto —en cuanto tuviera el dinero, pero Roxie decidió no mencionar que le iba a llevar unos meses conseguir la cantidad que necesitaba—. Tengo algunas cosas que hacer antes de irme.

Gabe asintió lentamente.

—De acuerdo.

Roxie experimentó una repentina oleada de pánico. Iba a

resultar duro ver a un extraño viviendo en la casa, pero no iba a quedarse allí para siempre y la casa seguiría siendo suya.

—La propiedad se ocupará del jardín —Roxie vio la sonrisa de incredulidad de Gabe.

—Ya he comprobado lo denso que es el seto. ¿Me está diciendo en serio que tiene un jardinero?

—Totalmente en serio —replicó Roxie—. El seto necesita muchos cuidados. Esa condición no es negociable.

La sonrisa que le dedicó Gabe estuvo a punto de distraerla peligrosamente.

—¿Y cómo se supone que accederé a la casa si no es a través del pasadizo del seto o del garaje?

—Hay una puerta oculta en el lateral del parque.

—¿Una puerta oculta? —Gabe rio.

El sonido de su risa era cálido, contagioso… y muy sexy. Roxie tuvo que hacer esfuerzos para no quedarse boquiabierta y derretirse allí mismo. Se dio la vuelta para dejar de mirarlo y poder pensar.

—Parte del encanto de esta casa reside en su intimidad. ¿No es eso lo que busca?

—Muy astuta —dijo Gabe, repentinamente serio—. De acuerdo, las condiciones no suponen un problema. Sigo queriendo alquilarla por un año.

Roxie se sintió aún más mareada que después de inhalar los perniciosos vapores del limpiador.

—Voy a necesitar referencias.

—Por supuesto. ¿Qué le parece si le dejo un depósito para asegurarme el alquiler? Nuestros abogados pueden redactar un contrato mañana mismo. Tiene abogado, ¿no?

—Claro. Su número aparece en el cartel. Haré que se ocupe de redactar el contrato.

Gabe asintió y se volvió de nuevo hacia el árbol, tratando de mantener la mirada alta. Porque la camiseta blanca de la señorita Arrendadora no había resultado inmune tras el incidente en el baño. De hecho, prácticamente era como si no llevara nada. Pero ella no lo sabía y él no quería decírselo. No quería pensar ni un segundo más en ello. No quería pensar en lo preciosa que era. No aparentaba más de diecisiete años, y él no podía desear a alguien que apenas había alcanzado la edad legal. Parecía una niña.

Pero no lo era. Tenía el cuerpo más delicadamente femenino que había visto en su vida. Se había fijado en ello nada más entrar en el baño, sus largas piernas, su esbelta cintura, su rostro con forma de corazón, su deslumbrante piel, sus labios, carnosos y sensuales, sus

vivaces ojos azules…

Y tendría que haber estado ciego para no notar cómo lo había mirado. Era una mirada a la que estaba acostumbrado, y no debería haberlo afectado. Pero le estaba costando no devolverle la misma mirada de aprecio sensual e inesperado deseo.

Tal vez él también había inhalado aquellos vapores, porque su imaginación no estaba haciendo más que empeorar las cosas. Hacía mucho que no ligaba. Demasiado. El corazón le estaba latiendo con más fuerza que hacía tiempo. Lo último que esperaba encontrar tras aquel espeso seto era una casa asombrosa con Blancanieves, la Bella Durmiente o Rapunzel dentro. No pudo evitar preguntarse dónde estarían los enanos, o las brujas…

Tenía que salir de aquel estado. Tan solo se debía a la frustración. Habría sido una locura ir a por una mujer como aquella, que debía tener la misma edad que Diana, si es que no era más joven. Sin duda querría más de la relación que él. Sería emocionalmente inmadura y aún soñaría con fantasías de amor eterno y cosas semejantes. Cuando le había dicho aquello mismo a Diana había surgido la bruja que esta llevaba dentro, intensa, necesitada, al borde de la locura… Pensar en aquello sirvió para enfriar su deseo.

Casi del todo.

Menos mal que su arrendadora se iba de viaje al extranjero. De lo contrario habría tenido que pensárselo dos veces antes de alquilar la casa. Seguro que volvería de su viaje más madura y sofisticada y, si el destino decidía volver a cruzar sus caminos, coquetearía con ella entonces. De momento iba a alquilar aquel escondite e iba a esconderse. En un par de semanas el equipo tenía un partido en Sídney y entonces pasaría un par de noches divirtiéndose como un auténtico adulto. Después de haber pasado tanto tiempo luchando para conseguir independizarse de las expectativas de su familia, no pensaba permitir que ninguna mujer obstaculizara su libertad.

Se volvió de nuevo hacia Roxie y mencionó una renta semanal que consideró razonable para la zona.

—Lo cierto es que pensaba cobrar algo más que eso. Mi abogado le enviará los detalles de la cuenta para que automatice los ingresos.

De manera que la Bella Durmiente no estaba tan dormida. Bien por ella. Hablaba a su favor el que estuviera al tanto del verdadero valor de su propiedad. Gabe reprimió las flirteantes frases que tenía en la punta de la lengua y sacó su cartera, de la que extrajo suficiente dinero para cubrir dos meses de alquiler. Roxie lo aceptó

con mano firme.

—¿No crees que deberías decirme tu nombre? —preguntó Gabe, tratando de ocultar que se moría de deseo por dentro.

—Roxanna Jones —contestó Roxie con la cabeza alta y sin ruborizarse.

—Es un placer hacer negocios contigo, Roxanna.

—¿Cuándo quiere mudarse?

—Mañana.

Roxie se quedó boquiabierta.

—¿Está sin casa?

—No, pero me gusta mucho la intimidad de este sitio.

—Lo entiendo —Roxie sonrió, repentinamente animada ante las perspectivas que le ofrecía el futuro.

Gabe asintió y se volvió bruscamente.

—Ahora será mejor que te deje seguir con tu trabajo.

—¿No quieres ver el resto de la casa?

—Lo veré mañana.

—De acuerdo. En cuanto estén los papeles arreglaré las cosas para que puedas meter tus cosas por el garaje.

—Eso estaría bien —dijo Gabe en un tono cargado de ironía.

Roxie trató de calmar los latidos de su corazón razonando. Aquel hombre era su nuevo inquilino, de manera que más le valía contener las respuestas. No quería estropear aquello. Pronto sería libre para viajar al extranjero y descubrir a todos los tíos buenos que había por el mundo… aunque dudaba que hubiera otro como aquel en todo el planeta.

—¿Quieres salir por la verja o por el seto? —aún no le había enseñado la parte trasera de la casa ni el jardín, y quería ser testigo de su sorpresa.

—Saldré por el seto y trataré de recolocar alguna de las ramas que he tenido que doblar para pasar. No me gustaría que alguien más entrara por ahí y te diera un susto.

—Menos mal que no me había desnudado del todo para limpiar la ducha; si lo hubiera hecho habrías sido tú el que se habría llevado el susto —dijo Roxie con una risita avergonzada.

Para su sorpresa, la breve sonrisa que le dedicó Gabe antes de alejarse de ella pareció igualmente avergonzada.

Menuda metedura de pata. El bochorno la enfrió por completo al recordar que el hombre del milenio ni siquiera la veía como una auténtica mujer. Moviendo la cabeza por su torpeza, volvió al baño para terminar su tarea. Al verse en el espejo casi se lleva un auténtico susto. Además de tener los ojos rojos a causa de la

irritación, su camiseta estaba mojada y se había vuelto casi transparente. De algún modo, el efecto resultaba aún más revelador que si hubiera estado directamente desnuda. Sin embargo, Gabe el Macizo ni siquiera había parpadeado. No había mostrado el más mínimo interés. Se preguntó qué tendría que hacer para que alguien como él se fijara en ella dos veces seguidas.

Suspiró mientras se pasaba una mano por la desarreglada cola de caballo. No era de extrañar que Gabe ni siquiera hubiera parpadeado. Imaginó un nuevo corte y un nuevo tinte. Luego bajó la mirada hacia su pecho e imaginó que llevaba un sujetador de los que realzaba el busto. Ya era hora de cambiar de aspecto. Sin duda, lo más razonable habría sido ingresar aquel dinero en el banco en cuanto abriera al día siguiente, pero llevaba tanto tiempo sin un penique que podía permitirse algún lujo. Con aquella renta no tardaría en ahorrar lo que necesitaba, y si invertía algo en vestuario tendría un aspecto magnífico para la audición. Compraría algo para celebrarlo.

Sintiéndose más energética, puso música y empezó a practicar su baile hasta que, agotada, acabó sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra el árbol. Sus pensamientos volvieron de inmediato a su inquilino. Escuchó su voz, sintió de nuevo la firmeza de sus manos… pero en cuanto recordó su impasible expresión sintió que su determinación aumentaba. No pensaba volver a parecer tan invisible para nadie.

Su trabajo en la casa había terminado y se merecía algo de diversión. Y no era solo por la audición por lo que pensaba tener un aspecto fabuloso. La siguiente ocasión en que viera a su inquilino iba a conseguir que la mirara dos veces.

E incluso tres.

Capítulo Dos

Gabe llegó al trabajo a media tarde, tras haber pasado la mañana preparando algunas cajas que había logrado llevar en tan solo dos viajes. Al salir del coche y escuchar la música que estaba atronando por los altavoces del estadio masculló una maldición. Esperaba que ya hubieran terminado para esa hora. Avanzó por los pasillos hasta su despacho y, una vez dentro, cerró la puerta. Encendió el ordenador y echó un vistazo a su correo. Excelente. Las pruebas que esperaba ya habían llegado. Se acomodó en su asiento y comenzó a leerlas. Pocos minutos después se abrió la puerta del despacho.

—Me alegra encontrarte aquí, Gave. Necesito que eches un vistazo a una de las chicas.

Dion, el director ejecutivo del estadio. Dion, que no tenía ningún problema en asistir a las audiciones de las bailarinas.

—No —contestó Gabe sin molestarse en apartar la mirada de la pantalla.

—Necesito que lo hagas. En serio. Le ha picado una abeja y es alérgica.

—Supongo que estás bromeando. ¿Una picadura de abeja? —gruñó Gabe—. Es las excusa más patética que he escuchado hasta ahora.

—Pero auténtica. Deberías…

—He visto torceduras de tobillos, de muñecas, golpes en las pantorrillas… todos falsos. Pero lo de la picadura de una abeja es una auténtica primicia. El problemas es que no hay abejas.

—Gabe…

—No quiero ocuparme de otra bailarina desesperada por conseguir una cita, Dion. Ya he tenido suficiente.

Más que suficiente. Tras provocar una guerra fría en su familia por negarse a aceptar la tradición, y el horror de una examante loca que no dejaba de acecharlo, Gabe había aprendido dos cosas: la primera, que no pensaba limitar su vida casándose y teniendo que comprometer sus propias metas por el resto de sus días. Y para asegurarse de escapar de ese dogal sabía que tenía que dejar sus intenciones claras desde el principio… y no relacionarse con ninguna mujer que tuviera algo que ver con su trabajo.

Especialmente en un trabajo como aquel, donde la tentación, exacerbada por los continuos viajes, era demasiado para la mayoría de los hombres. Ya había visto demasiados matrimonios vergonzosamente breves, e incluso escándalos mayores.

—Debería haberte dicho que la he traído conmigo —Dion se apartó con una maliciosa sonrisa en el rostro y Gabe comprobó que no estaba solo—. Y, por si te interesa, prácticamente he tenido que traerla a rastras. Ella dice que está bien, pero yo no me fío.

Gabe hizo una mueca de desagrado. Sin duda, la chica había escuchado toda la conversación. Tras dedicar una mirada asesina a la espalda de Dion, que ya se estaba alejando, se levantó de su silla para echar un vistazo a su nueva paciente.

Tenía la cabeza inclinada, de manera que no podía verle el rostro. Como era de esperar, era rubia. Tenía los miembros largos y esbeltos de una bailarina… y un atuendo igualmente mínimo. Entonces alzó los ojos y le dedicó una mirada retadora. Se había ruborizado. Cuando se fijó en sus labios, carnosos y firmes, la reconoció.

¿Realmente tenía ante sí a su jovencísima arrendadora?

—Hola, Gabe —a pesar del rubor de sus mejillas, estaba intensamente pálida.

—¿Qué haces aquí?

—¿Aún no lo has deducido? —los ojos azules de Roxie destellaron, pero no a causa de las lágrimas, sino desafiantes.

Gabe no podía creer lo que estaba viendo. El ralo pelo castaño había sido teñido de rubio y, aunque estaba algo más vestida que el día anterior, los pantalones cortos que llevaba eran aún más cortos y la camiseta mojada había sido sustituida por una ceñidísima malla rosa.

—Creía que habías dicho que te ibas al extranjero —dijo, tontamente.

—Y me voy —Roxie lo miró a través de unas pestañas perfectamente maquilladas.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo la prueba para entrar en el grupo de animadoras de los Blade?

—Me iré cuando termine la temporada.

—¿Cuando termine la temporada? —repitió Gabe, consternado. Creía que iba a irse en una o dos semanas a lo sumo. ¿Cómo iba a ser capaz de vivir a menos de un tiro de piedra de ella durante seis meses? Especialmente si iba a seguir llevando un atuendo como aquel…

—Sí, pero me temo que esa estúpida abeja ha estropeado mis

planes. Y no, no he dejado que me picara solo para que me pudieras echar un buen vistazo al interior del muslo.

Gabe cerró la boca y tuvo que esforzarse para no sonreír y a continuación reír. Se acercó a ella para observarla mejor. Su transformación era espectacular, pero captó un matiz de inseguridad en su expresión en cuanto invadió su espacio. Una especie de locura se apoderó de él cuando Roxie alzó levemente la barbilla y se negó a apartar la mirada. Su audacia lo impresionó. Pero si quería sacarle sus uñas de gatita, jugaría con ella un poco. No podía resistir la tentación de ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Sospechaba que no muy lejos.

—¿De verdad simulan algunas bailarinas una lesión para poder venir a verte?

Su incredulidad descolocó a Gabe. Carraspeó, consciente de que había sonado arrogante.

—Ha sucedido en un par de ocasiones.

Roxie dejó escapar una risita, encantada al ver que su inquilino había lanzado una nueva mirada a su atuendo; al menos había logrado uno de sus objetivos.

—Pero tú no eres una estrella del rugby. Seguro que las chicas tienen peces más gordos que freír en este lugar.

—Puede que algunas prefieran mis valores.

Con el corazón desbocado, Roxie respiró cuidadosamente antes de responder.

—Estoy segura que la mayoría prefieren los valores y los ingresos de las verdaderas estrellas.

La sonrisa de Gabe fue la de un auténtico tiburón.

—Puede que haya otros factores a mi favor.

Roxie supuso que se refería a su aspecto. Ciertamente, este era tan bueno que sentía todos los músculos del cuerpo tensos, especialmente los de sus partes íntimas.

—Por mí no tienes que preocuparte, porque no eres mi tipo —mintió, sintiéndose descarada, divertida, y sorprendentemente controlada.

—Ah, ¿no?

Roxie se quedó paralizada. No esperaba un reto tan directo. Entrecerró los ojos.

—Definitivamente no. Eres demasiado arrogante.

Gabe se inclinó hacia ella sin dejar de sonreír.

—A muchas chicas les gusta la seguridad.

—También hay muchas chicas a las que les gustan los chicos malos, pero yo no soy como la mayoría de las chicas.

—Eso es cierto —Gabe frunció el ceño—. ¿Pero qué estás haciendo aquí, Roxanna?

—Presentarme a la audición —susurró Roxie, decidida a mantener el tono—. Y me llamo Roxie.

Sí, era divertido volver a poner en marcha los músculos del coqueteo, que tanto tiempo llevaban dormidos. Porque podía ver la reacción de Gabe, el revelador brillo de su mirada.

—Ayer me dijiste que era Roxanna —dijo Gabe a la vez que daba un paso hacia ella.

—Ayer me pillaste por sorpresa —contestó ella sin apartar la mirada de sus ojos.

Gabe detuvo la mirada en su rostro, en sus ojos, sus labios, y luego la deslizó hacia su pecho.

—De manera que ahora eres Roxie.

—Sí. Siempre he sido Roxie —replicó, consciente del efecto que estaba teniendo en Gabe. Para algo le había servido tener un novio. Un novio que la dejó colgada en su momento de mayor necesidad. Había merecido la pena cada penique que se había gastado en la peluquería aquella mañana. La pobre Roxanna nunca había tenido una oportunidad, pero con un poco de tinte rubio y un poco de maquillaje la cosa cambiaba. Resultaba increíble que los hombres fueran tan superficiales. Pero en aquellos momentos le daba igual. Estaba disfrutando viendo el calor que emanaba de aquellos ojos.

Gabe movió la cabeza lentamente.

—Bueno, Roxie, será mejor que echemos un vistazo a eso.

Roxie bajó la mirada hacia su muslo y suspiró.

—Te quiero en la cama.

Roxie estuvo a punto de quedarse boquiabierta, pero en seguida comprendió que Gabe le estaba tomando el pelo y fue a sentarse en la camilla.

—No estabas bromeando —murmuró Gabe cuando vio el círculo rojo que tenía en el interior del muslo.

—Claro que no. Y duele bastante.

Gabe se inclinó para mirarlo mejor.

—Creo que el aguijón no ha quedado dentro. Abre las piernas —dijo Gabe en tono indiferente, aunque sin perder aquel peligroso brillo en la mirada.

Roxie se sintió externamente paralizada, pero por dentro se derritió.

—¿Hasta qué punto? —logró preguntar.

—Lo suficiente para que yo quepa entre ellas.

La expresión de Gabe era de puro reto. ¿Se estaba divirtiendo a

sus expensas? Pero ella también sabía jugar, se dijo Roxie. No pensaba hacerse la inocente y avergonzada… aunque se sintiera así. Y ella, que nunca había abierto las piernas para ningún hombre, las abrió tanto como pudo.

—¿Así está bien? —preguntó con voz ronca.

Gabe bajó la mirada. Abrió la boca. La cerró. Tragó saliva cuando volvió a bajar la mirada.

—Más o menos —murmuró a la vez que se situaba entre las piernas de Roxie, a escasos centímetros de su sexo.

Roxie ignoró el rubor que sabía que cubría cada centímetro de su piel y, sintiéndose triunfante, sonrió de oreja a oreja.

—No sabía que prometiste flirtear con tus pacientes cuando hiciste el juramente hipocrático.

—Tú no eres una paciente.

—¿No? ¿No me está examinando usted, doctor?

—No como profesional. Solo voy a darte un poco de pomada para que te la apliques en la picadura.

Roxie no sabía lo que le pasaba, pero el deseo de seguir con aquel jugueteo resultó irresistible. Por primera vez en su vida se sentía llena de confianza.

—¿No vas a aplicármela tú? —ronroneó.

—No —Gabe dio un paso atrás—. No voy a hacerlo.

—Oh —Roxie lo miró con expresión inocente—. ¿Solo te gusta dar crema a esos enormes jugadores de Rugby?

Gabe volvió a acercarse a ella. La observó en silencio, asegurándose de obtener su atención, y luego deslizó una mirada deliberadamente sexual por su cuerpo.

—Tu pelo no es lo único que ha cambiado desde ayer —dijo, mirando atentamente el pecho de Roxie. Era evidente que se había dado cuenta.

Roxie alzó el mentón, negándose a dejarse vencer por la vergüenza.

—Es asombroso lo que puede hacer por una chica la ropa interior adecuada.

—Asombroso —dijo Gabe, y de pronto rio.

A pesar de la tensión que sentía, Roxie no pudo evitar devolverle la risa.

—¿Crees que ese no es mi busto real?

—Ambos sabemos que no lo es.

Sí, ambos lo sabían. Lanzada, Roxie batió las pestañas con afectación.

—Pero debes admitir que, si no lo supieras, te habría engañado

por completo.

—Por completo —asintió Gabe.

—Y, aunque conozcas la verdad, ¿te gusta el efecto?

Gabe suspiró profundamente, casi con esfuerzo. Luego movió la cabeza.

—Habría que ver qué pasaría con uno de esos jugadores de rugby. ¿Qué harías cuando descubriera la verdad?

Roxie arrugó la nariz.

—Entonces, ¿qué llevas? ¿Algodón?

—Almohadillas de gel. Son mucho más cómodas.

—¿Parecen naturales al tacto?

Roxie miró los oscuros ojos de Gabe, que se hallaban a escasos centímetros de los suyos.

—¿Quieres comprobarlo por ti mismo?

—Roxie… —Gabe carraspeó y se volvió rápidamente, fue hasta una vitrina y empezó a ordenar algunos paquetes de gasas con total concentración.

La decepción hizo estallar la burbuja de fantasía en que se hallaba sumida Roxie. Bajó la mirada hacia sus piernas y el dolor, del que prácticamente se había olvidado, volvió a aflorar con fuerza. El color rojo se estaba intensificando y la inflamación se extendía.

—Creo que la reacción está empeorando —murmuró, y tuvo que morderse el labio inferior a causa del picor.

—Desde luego —contestó Gabe con brusquedad a la vez que volvía a acercarse a ella sin mirarla a los ojos. Abrió el tubo de crema que había tomado del armario y puso un poco de crema en la punta de sus dedos—. También te daré un par de antihistamínicos. Tómalos cuando llegues a casa. Puede que te adormezcan un poco.

Roxie asintió, ya incapaz de hablar. Gabe le había hecho separar las piernas de nuevo y le estaba extendiendo la crema en el muslo. Al parecer había olvidado que pensaba dejar que se la aplicara ella. Lo observó mientras le aplicaba la crema. Ahora entendía exactamente por qué todas aquellas bailarinas simulaban alguna lesión para que Gabe las atendiera; porque era divertido. Gabe era realmente guapo, y muy masculino, y tenerlo tan cerca, acariciándola de aquel modo… Sabía que no debería estar sintiéndolo de un modo tan sensual, pero así era. No debería imaginar aquellos dedos deslizándose más y más arriba entre sus muslos, no debería estar sintiendo aquel calor, aquel deseo que la derretía… pero lo estaba sintiendo, y fue incapaz de contener un sensual estremecimiento.

Gabe la miró a los ojos. La diversión había desaparecido de su mirada para dar paso a un incendio.

—Creo que será mejor que sigas tú —murmuró.

Roxie sintió que algo le atenazaba la garganta, enmudeciéndola. De manera que asintió. El corazón le latía con tal fuerza que lo sentía por todo el cuerpo. Gabe había dejado las manos apoyadas en sus muslos. En cualquier momento podía volver a separárselos…

Si quería hacerlo.

Sabía que él estaba pensando en lo mismo. Que quería lo mismo que ella. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no humedecerse los labios con la lengua. De pronto notó que Gabe se inclinaba más hacia ella…

—¿Cómo va la nueva chica, Gabe?

Gabe se apartó tan rápido que Roxie apenas tuvo tiempo de parpadear antes de verlo junto al fregadero, lavándose las manos.

—¿Te refieres a mí? —Roxie miró a la vivaz rubia que acababa de entrar. Era Chelsea, la líder del grupo de animadoras.

—Sí. ¿Estás bien? —Chelsea se acercó a mirar la pierna de Roxie—. ¡Vaya picadura!

—No es nada —Roxie había olvidado por completo la picadura en aquellos últimos e intensos instantes—. Estoy bien.

—Magnífico, porque te queremos en el grupo. Lo has hecho muy bien hasta que te ha picado esa abeja.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? —Roxie creía haber perdido cualquier posibilidad tras la picadura de la abeja.

—Sí. Has hecho ballet clásico, ¿verdad?

Roxie asintió, aunque no asistía a una clase de ballet clásico desde los dieciséis años.

—Se te notaba en la técnica. Pero tu estilo libre me ha encantado y quiero aprender tus movimientos. Nunca había visto a una chica bailar *brake dance* como tú. Necesitamos un poco de chispa, y tú la tienes.

Nadie le había dicho a Roxie nunca que tuviera chispa, aunque también era cierto que hacía años que nadie la veía bailar. La euforia se sumó a la excitación que ya estaba sintiendo. No pudo resistirse a echar una mirada al moreno tormento que se hallaba en aquellos momentos tras Chelsea. Percibió una clara emoción en su rostro enfado.

¿Por qué parecería tan molesto?

—Te dejo estas pastillas —Gabe pasó junto a Chelsea y, tras dejar un botecito de pastillas en la esquina de la mesa, salió de la consulta como alma que lleva el diablo.

—Está buenísimo, ¿verdad? —dijo Chelsea en cuanto se cerró la puerta.

—¿Disculpa? —dijo, mientras trataba de asimilar el cambio de humor de Gabe.

—Gabe —explicó Chelsea—. Está más bueno que cualquiera de los jugadores. Además tiene cerebro y montones de dinero.

—¿En serio?

—Sí, pero no te molestes en mirarlo demasiado. ¿Has visto cómo ha salido corriendo de aquí en cuanto ha podido? Pero solía ser muy lanzado y salía con una mujer distinta cada noche. Un auténtico depredador.

—¿Qué le hizo cambiar? —preguntó Roxie, tratando de no mostrarse demasiado interesada.

—Su ex, Diana, se volvió loca por él. Literalmente loca. Bailaba aquí. Cuando apenas llevaban unos días saliendo, se trasladó al apartamento de Gabe aprovechando que este no estaba el fin de semana. Gabe casi tuvo que acabar pidiendo una orden de alejamiento, pero la familia de Diana se ocupó de ella. No fue culpa de Gabe que Diana se llevara tal desilusión. Todo el mundo sabe que no tiene ninguna intención de poner uno de estos en el dedo de una mujer —Chelsea alzó la mano izquierda para mostrar su anillo de compromiso—. Gabe siempre será un playboy. Pero ahora es un playboy reprimido —frunció el ceño y miró atentamente a Roxie—. Cuando sonríe, algo que apenas hace últimamente, todas las mujeres se derriten. No hay una mujer en el mundo a la que no le guste.

Roxie sabía que negar aquello habría resultado demasiado revelador.

—Es muy atractivo, desde luego.

—Y también inalcanzable —advirtió Chelsea—. Eso hace que resulte aún más atractivo para muchas mujeres —rio a medias, pero en seguida se puso seria—. Pero te recomiendo que no pierdas el tiempo. Se ha retirado del juego. Yo llevo tanto tiempo con mi pareja que las demás me llaman en broma «señora», pero sé cómo funcionan las cosas aquí: junta a un grupo de tíos en plena forma con unas cuantas chicas en forma y las cosas pasan. Hay al menos veinte tíos buenos en el equipo dispuestos a jugar, así que, si te apetece, ve a por uno de ellos… pero asegúrate de tomar precauciones.

Roxie bajó de la camilla e inclinó la cabeza para que no se le notara el rubor. Probablemente aquel no era el mejor momento para admitir que ella nunca había «jugado», al menos, no hasta el

final.

—¿Por qué se volvió esa chica loca por Gabe? —preguntó.

—Tienes ojos, ¿no?

—Sí, pero, a veces, las personas atractivas no creen que deban hacer ningún esfuerzo.

—Se rumorea que su técnica en la cama es aún mejor que su cuerpo. Yo no sé si es cierto, pero no me extrañaría. Lo que está claro es que muchas chicas han intentado ligar con él desde que se acabó lo de Diana y han fracasado, así que, si estás interesada, ahórrate la humillación. No quiero perder más bailarinas, especialmente una tan interesante como tú.

Roxie rio. Nunca en su vida había ido tras un hombre, y no sabría por dónde empezar.

—No te preocupes. No lo haré.

Además, no quería poner en peligro su plaza en el grupo de animadoras de los Blade. Llevaba demasiado tiempo queriendo conseguirla. Pero había una parte de sí misma que ardía al recordar que Gabe había querido besarla. Era posible que careciera casi por completo de experiencia, pero había reconocido aquello. Lo que significaba que Gabe no era tan inalcanzable. Ella quería saber lo que era tener un amante, y si Gabe era tan bueno en la cama, ¿no podía ser él? Era obvio que no quería saber nada de compromisos ni enamoramientos, pero ella tampoco. No tenía intención de caer en una relación de aquel tipo. Había tardado mucho en alcanzar su libertad y no pensaba renunciar a esta por nada ni por nadie.

Unas horas más tarde, Gabe condujo de vuelta a su nueva casa pensando. Roxie estaría allí durante los partidos, pero entonces el solía estar ocupado con los jugadores. Además, había tomado por norma no asistir a las fiestas que solía haber después de los partidos. De manera que, aunque la viera de pasada de vez en cuando, eso sería todo. Podía adaptarse a aquellas circunstancias durante una temporada. Seguro que sí.

Pero al llegar a la Casa del Árbol no pudo evitar mirar a las ventanas. Las cortinas no estaban corridas, pero no había señales de vida. La puerta de garaje estaba cerrada y un montón de cajas bloqueaba la vista por la ventana, de manera que no pudo ver si había un coche dentro. Solo podría averiguar si Roxie estaba en casa llamando a su puerta.

Roxie vivía justo al borde del parque, lo más probable era que

en aquel parque hubiera drogadictos y vagabundos de noche. La inquietud se transformó en auténtica preocupación. La única manera de librarse de ella era asegurarse personalmente de que estaba bien. Y ese era el único motivo por el que deseaba verla.

Finalmente subió las escaleras de dos en dos, haciendo todo el ruido posible para anunciar su llegada. Llamó a la puerta con fuerza. Llamó con más fuerza. Gritó el nombre de Roxie. Estaba planteándose tirar la puerta abajo cuando esta se abrió.

Al principio, todo lo que vio fue la camiseta de tirantes. Una fracción de segundo después se dio cuenta de que aquello era todo lo que vestía Roxie.

—¿Va todo bien? —preguntó Roxie, adormecida.

—Eso venía a preguntarte —murmuró Gabe en un tono apenas inteligible.

Los ojos de Roxie parecían destellar incluso cuando estaba medio dormida. Entonces Gabe cometió el error de bajar la mirada. Muslos, pantorrillas, tobillos. Unas piernas morenas, largas y esbeltas, pero también fuertes. Sintió el deseo de deslizar las manos a lo largo de ellas, de hacerle abrirlas de nuevo para él…

—Creo que está bien —dijo Roxie con voz ronca—. No parece haber empeorado.

Gabe se quedó un momento paralizado. Había olvidado por completo la picadura y su mente se había llenado de imágenes de ropa interior femenina. Entonces Roxie alzó ligeramente un pierna para mostrarle la picadura y Gabe captó un destello de las braguitas de encaje que cubrían su entrepierna. Tuvo que reprimir el impulso de arrodillarse para lamerla allí, para lamerle todo el cuerpo…

Frunció el ceño y trató de dejar de pensar en el delicado encaje que acababa de atisbar. Tragó saliva, molesto consigo mismo por el poco control que estaba demostrando.

—No dejes de darte más crema —espetó.

Roxie abrió más los ojos.

—¿Por qué estás tan gruñón?

—No estoy gruñón.

—Claro que sí —Roxie sonrió—. Pero creo que lo demás sigue ahí, bajo tu ceño fruncido.

—¿Lo demás?

—La habilidad para divertirte.

¿Ya estaba flirteando de nuevo?

—Oh, claro que me divierto —dijo Gabe en tono deliberadamente pausado—. Pero soy muy selectivo respecto a con quién me acuesto.

—Eso está muy bien. Yo también soy muy selectiva.
—¿En serio? ¿Y hasta qué punto has llegado a divertirte?
Roxie bajó la mirada y estuvo a punto de hacer un mohín.
—No lo suficiente.
Gabe alzó la mirada para no sentirse tentado por aquellos carnosos labios.
—Parece que hoy te has divertido un rato —dijo a la vez que señalaba una pequeña botella vacía que se hallaba en una mesa.
Roxie se volvió para ver a qué se refería.
—Oh, eso… —sonrió con expresión pícara— estaba muy bueno.
Gabe aprovechó la circunstancia para entrar en la habitación. Estaba abarrotada de muebles amontonados y cajas, que apenas dejaban sitio para una diminuta cama bajo la ventana. ¿Cómo podía vivir Roxie en un sitio como aquel?
—Supongo que no piensas vivir aquí —dijo en tono nuevamente gruñón.
—¿Por qué no?
—Porque no hay sitio.
—Hay sitio de sobra para mí.
Gabe se volvió a mirar a Roxie de nuevo, pero en seguida apartó la mirada. Al hacerlo se fijó en que en la etiqueta de la botella había escrita una H.
—¿Y esa H?
Roxie miró la botella y su expresión se volvió culpable.
—¿Tienes más? —bromeó Gabe a la vez que miraba a su alrededor. A sus espaldas estaba la nevera. La abrió. Dentro había tantas botellas que parecía un mueble bar. No esperaba aquello—. ¿Cuántas botellas hay?
—Cinco —contestó Roxie a la defensiva—. Y solo son medias botellas.
Gabe sacó una, vio que llevaba otra inicial escrita en la etiqueta y en seguida comprobó que las demás también llevaban iniciales.
—¿Qué quieren decir esas iniciales?
Roxie se cruzó de brazos. No pensaba admitir que se había gastado parte del dinero que Gabe le había entregado en la peluquería y en comprar ropa interior y media docena de medias botellas de champán.
—No es asunto tuyo.
—Vamos, Roxie. Es evidente que significan algo.
Roxie suspiró.
—De acuerdo. La H es por haber ido a la peluquería —dijo a la vez que deslizaba la mano por su pelo, casi suficientemente largo

como para cubrirle el pecho. Casi—. Llevaba tiempo esperando —pero no había tardado mucho en bebérsela para celebrar que había conseguido un inquilino y el dinero para la peluquería.

—¿Y la P? —preguntó Gabe.

—Por mi primera actuación en público —Roxie decidió seguir con las explicaciones para que Gabe se fuera cuanto antes—. La B es para cuando consiga el billete para viajar al extranjero. La C es para cuando consiga mi carnet de conducir. La A es para la audición, para celebrar haber entrado en el grupo de animadoras de los Blade. Esa la beberé más tarde.

—¿Con quién vas a celebrarlo?

—Es solo media botella, así que tendré que bebérmela sola.

Gabe alzó las cejas.

—¿Has tomado la primera sola?

—Totalmente —Roxie sonrió, satisfecha con la habilidad que estaba demostrando para seguir hablando a pesar del magnífico ejemplar de hombre que tenía delante.

—¿Y te ha gustado?

—Me ha encantado.

Gabe volvió a sonreír.

—¿No tienes dolor de cabeza?

—Por eso he comprado una buena marca —Roxie se sentía cada vez más mareada, pero no a causa del champán, sino por la sonrisa de Gabe.

—Aunque sea una buena marca, tendrás resaca si bebes lo suficiente. Deberías compartirlas con alguien —añadió.

—Nunca. ¿Sabes lo que cuesta cada una de esas botellas? Son mías. Solo mías.

Gabe rio y volvió a mirar la nevera.

—¿Y la V? ¿A qué se refiere?

Roxie esperaba que hubiera olvidado la última botella. Tragó saliva mientras trataba de buscar una respuesta.

—¿A la victoria? —añadió Gabe.

Roxie asintió con entusiasmo. Ya no tenía por qué admitir que la última botella era para celebrar la pérdida de la virginidad que ya llevaba demasiado tiempo arrastrando consigo.

—Es para cuando los Knights ganen el trofeo.

—¿Bebes champán todo el rato?

—Solo en ocasiones especiales —contestó Roxie, aunque lo cierto era que, hasta la noche anterior, nunca lo había probado.

Tras cerrar la puerta de la nevera, Gabe la miró con expresión seria.

—¿Te importa que te haga una pregunta personal?
—Adelante.
—¿Cuántos años tienes?
Roxie no esperaba aquella pregunta.
—Veintidós. ¿Te sorprende? —preguntó al ver la expresión de Gabe.
—Pensaba que eras más joven.
—¿Cuántos años me habías echado?
—Unos dieciocho.
—¿Y cuántos tienes tú?
—Treinta y uno.
—Así que hay menos de una década entre nosotros —dijo Roxie, encantada.
—Sigo siendo bastante mayor que tú.
—Sí, pero no lo suficiente para ser mi padre… a menos que fueras demasiado adelantado para tu edad —bromeó Roxie, que disfrutó al ver la expresión horrorizada de Gabe.
—Era muy adelantado para mi edad en varios terrenos —replicó Gabe, recuperando su abierta arrogancia—. Pero no empecé a hacer el tonto hasta la adolescencia.
Roxie apretó los dientes. Por lo visto, Gabe había tenido una adolescencia normal, algo de lo que ella había carecido. No lamentaba el motivo por el que no la había tenido, pues le había encantado poder cuidar de sus abuelos, pero ya había llegado el momento de disfrutar de la libertad y la diversión de las que había carecido a los dieciocho años. Más valía tarde que nunca.
—Pues yo ya soy lo suficientemente mayor como para vivir por mi cuenta y para beber lo que quiera.
Hubo un momento de silencio y Gabe volvió a mirar la nevera.
—¿Y comes algo?
Roxie sabía que se había fijado en que no había horno. Peto tenía microondas y una cocinilla portátil de un solo fogón. Era casi como si estuviera viviendo de cámping, pero solo iba a estar así una temporada y el esfuerzo merecía la pena.
—Normalmente tomo ensaladas, o cosas parecidas.
—De tu huerto, supongo —Gabe asintió lentamente—. Pues, dado que te has tomado las pastillas, trata de comer lo suficiente esta noche y de no beber más champán —añadió mientras se encaminaba hacia la puerta.
Roxie lo siguió y se apoyó contra el quicio de la puerta, consciente de que, al alzar la mano, también se alzaba la camiseta. Al notar que Gabe dirigía de inmediato la mirada a sus pechos,

sintió que los muslos le ardían… y no precisamente por la picadura. Envalentonada, contestó con un tono especialmente suave y femenino.

—Creía que ya habíamos dejado claro que no soy ninguna niña.

La mandíbula de Gabe se tensó visiblemente.

—Puede que no seas una niña, pero eres demasiado nena como para sentirme cómodo cerca de ti —tras mirarla una vez más de arriba abajo, añadió—: Así que creo que será mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro.

Roxie vio cómo bajaba las escaleras de tres en tres, como si estuviera escapando de alguna peligrosa amenaza. Volvió a entrar en su estudio y sonrió. Gabe Hollingworth suponía un reto en muchos aspectos, y ella nunca se había echado atrás ante un reto.

Ni siquiera ante el más imposible.

Capítulo Tres

Gabe siguió trotando por el parque. Si no hubiera alquilado ya su apartamento, habría vuelto a instalarse en él. Porque averiguar la edad de Roxie no había supuesto precisamente una ayuda. Tenía edad y sofisticación suficiente como para tratar de provocarlo. Pero seguía siendo su casera y una bailarina en su trabajo.

Y también estaba la tortura del agua. Cada mañana.

La segunda noche que pasó en la Casa del Árbol se despertó a causa del sonido del agua corriendo. Al asomarse a la ventana comprobó quién era la persona que se ocupaba del jardín a las cinco de la mañana… y lo bien que bailaba. Las siguientes mañanas fue estimulado a despertarse para contemplar el espectáculo de Roxie regando las plantas y haciendo yoga. Llevaba algún tipo de reproductor musical en la cadera, unos cascos, y no dejaba de balancear el cuerpo. Era suficiente para volver loco a cualquier hombre.

Reconocía que se estaba muriendo de deseo. Aquello no solo le alteraba el sueño, sino que asaltaba su imaginación en cualquier momento del día.

De manera que había decidido salir a correr cada mañana por el parque para mantenerse alejado de la tentación. Pero aquella mañana, una semana después de haberse trasladado, corrió más y más rápido que nunca, de manera que estuvo de regreso antes de lo habitual. Roxie seguía en el jardín, regando, inclinada con los pantalones cortos más cortos que Gabe había visto en su vida. Como de costumbre, llevaba los cascos puestos.

Respirando con fuerza, y no solo por el esfuerzo de correr, se acercó a ella por detrás. Era peligroso. Cualquiera podría haberla asaltado en aquellas circunstancias. Cualquiera que la viera bailando en su jardín se sentiría tentado. Necesitaba recibir una buena lección; sus pantalones debían ser un poco más largos, los cascos tenían que desaparecer y debía reservar sus bailes para el interior.

Avanzó hacia ella sin molestarse en no hacer ruido y, en un rápido movimiento, la rodeó con los brazos por la cintura con suficiente fuerza como para que no pudiera escapar. La manguera que sostenía Roxie cayó al suelo y se contorsionó como una

serpiente, mojándolos hasta que Gabe le dio una patada con el pie.

Cuando dejó que girara hacia él entre sus brazos, sintió su furia y su propio deseo al notar el roce de sus pechos contra el suyo. Estuvo a punto de gruñir de satisfacción al tenerla por fin tan cerca.

—¿Qué haces? —gritó Roxie.

Gabe le quitó los cascos.

—No hace falta que grites. Estoy aquí mismo.

—¿Y se puede saber qué haces aquí mismo?

Gabe disfrutó de un placer casi enfermizo al sentir la agitada respiración de Roxie contra su pecho. Él también estaba respirando con fuerza.

—Darte una lección —murmuró Gabe mientras la estrechaba con más fuerza entre sus brazos.

—¿De qué lección se trata?

—Mientras riegas y bailas escuchando música cualquiera podría asaltarte por detrás.

—Solo algún psicópata.

—Exacto. Por eso deberías tener más cuidado.

Roxie se sentía atrapada entre el deseo y la furia. En un primer instante ganó la furia, de manera que dispuso la rodilla para alzarla con fuerza contra la entrepierna de Gabe, aunque contuvo el movimiento en el último instante.

Gabe abrió los ojos de par en par y se apartó, aunque un poco tarde, porque Roxie lo rozó allí donde pretendía golpearlo.

—Tú también deberías tener más cuidado. Podría haberte hecho daño —murmuró.

Gabe asintió.

—Gracias por no habérmelo hecho. Nunca he querido tener hijos, pero prefiero conservar la capacidad física de tenerlos —se apartó un poco de ella, pero sin llegar a soltarla—. ¿Y si hubiera tenido un arma?

—¿Qué tratas de hacer exactamente? ¿Vas a decirme que no puedo sentirme a salvo en mi propio jardín? ¿Qué clase de lección es esa?

Gabe frunció el ceño.

—Solo creo que deberías tener más cuidado.

—Tengo cuidado, Gabe. Llevo un año viviendo aquí sola y nadie me había molestado hasta ahora —Roxie no añadió que tampoco había ido a visitarla nadie.

El silencio que siguió a sus palabras se prolongó. Roxie era consciente de su agitada respiración, de la de Gabe, de lo cerca que estaban. Pero lo que más llamó su atención en aquellos momentos

fue la emoción que vio reflejada en los ojos de Gabe. No sabía lo que podía significar.

—Yo lo he hecho —contestó finalmente Gabe—. Quería hacerlo.

Roxie no sabía qué pensar, y tampoco lograba dejar de mirar a Gabe. Se dio cuenta de que había estado corriendo. Era consciente de que tenía las manos apoyadas en sus hombros, pero no las movió. Era maravilloso, y muy excitante, sentir la calidez de su piel y su fuerza bajo las manos.

—¿Corres todas las mañanas? —preguntó con suavidad.

Gabe asintió.

—Me cuesta dormir.

—¿Te molesta que esté en el jardín?

—Si.

—Oh —Roxie lo sentía, pero no pensaba cambiar de costumbres.

—¿Siempre sueles levantarte tan temprano para practicar y regar?

Roxie asintió lentamente.

—Por eso estás morena y tan en forma.

—Por eso y por el baile.

—El baile —repitió él en un murmullo—. Sí.

—Me pongo los cascos porque no quiero alterar a los vecinos.

—Los alteras de todos modos. Por lo menos a este vecino —Gabe ciñó la cintura de Roxie con más fuerza y deslizó una mano hacia arriba, creando un espacio entre la camiseta y su piel. Roxie experimentó una incontrolada oleada de placer y anticipación. Aquello estaba bien. Estaba muy bien…

—Esto está mal —Gabe parecía estar hablando exclusivamente para sus labios—. Esto no está pasando.

—¿Por qué no? —preguntó Roxie, y a continuación se humedeció instintivamente los resecos labios con la lengua.

Gabe se tensó aún más.

—No estoy interesado en una relación.

—Yo tampoco —aseguró Roxie—. Pero quiero que… me hagas un favor…

—¿Qué favor?

—Acuéstate conmigo.

Cuando Gabe la miró, Roxie le sostuvo la mirada y alzó levemente la barbilla.

—¿Has desayunado champán? —preguntó él.

Roxie pensó que era una lástima no haberlo hecho.

—Quiero que seas mi amante —se mordió el labio inferior antes de añadir—: Mi primer amante.

Gabe abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

Roxie esperó, consciente de que le había escuchado perfectamente.

Gabe la zarandeó ligeramente con las manos.

—¿Tu primer amante? —preguntó con tensión.

Tal vez había sido un error mencionar que sería su primera vez. Pero quería que lo supiera.

Gabe dejó caer las manos a los lados y dio un paso atrás.

—¿No es esa la fantasía de todo hombre? —preguntó Roxie, que perdió en un instante toda su confianza.

—No la mía. No. No quiero acostarme con una completa novata que no sabe lo que está haciendo, que se quedará tumbada como un tronco esperando a que yo haga todo el trabajo.

—No soy una completa novata —replicó Roxie, tratando de no hundirse emocionalmente—. La virginidad es un mero tecnicismo —dijo, furiosa por el hecho de que Gabe pudiera enfriarse tan rápidamente. Había sentido la necesidad y el deseo que emanaban de su cuerpo—. Sé que estás interesado —añadió en tono desafiante —. Se nota por tu forma de mirarme.

Roxie dio un paso hacia él y recuperó la seguridad al ver que no se apartaba.

—Y yo sé cómo tocar. No voy a ser ningún tronco inmóvil.

—¿En serio? —Gabe permaneció muy quieto—. Demuéstralo.

Se arrimó aún más a él, aunque no tenía intención de lanzarse a por lo evidente. No pensaba ponerle las cosas fáciles. Pensaba hacerlo sufrir por aquella humillación. Ladeó la cabeza de manera que sus labios quedaron a escasos centímetros del cuello de Gabe a la vez que exponía el suyo. Sopló con delicadeza contra el pulso que vio palpitar justo bajo su barbilla.

Gabe se contrajo.

Roxie le deslizó un dedo por el antebrazo y sintió el calor que emanaba de su piel, la tensión de sus músculos. Se humedeció los labios con la lengua y luego los apoyó contra la salada piel de Gabe.

Él permaneció quieto como una estatua. Una estatua que respiraba con fuerza.

—He tenido un novio. Sé algunas cosas —susurró Roxie contra su garganta—. Y he hecho unas cuantas… —deslizó la mano por el pecho de Gabe y rodeó con un dedo el tensó pezón que sobresalía contra su camiseta.

Acercó sus caderas a las de él y le volvió a posar los labios en el cuello. Llevaba tanto tiempo deseando saborearlo…

Al sentir su inmediata respuesta, presionó las caderas contra su poderosa erección, aunque se apartó en seguida.

Lanzó una rápida mirada a su rostro. Tenía los ojos firmemente cerrados, la mandíbula tensa, los brazos a los lados, con los puños cerrados. Roxie experimentó un placer embriagador al ver cómo le afectaba.

Se puso de puntillas, le mordisqueó con delicadeza el lóbulo de la oreja y susurró:

—No voy a limitarme a permanecer quieta, Gabe.

Además, le habría resultado imposible. Sus caderas parecían tener voluntad propia y habían empezado a rotar.

Finalmente, Gabe la atrajo con fuerza hacia sí, le clavó los dedos en las caderas y presionó con fuerza contra su vientre. Roxie dejó caer atrás la cabeza para contemplar su ardiente mirada mientras le dejaba hacer.

—¿Por qué ahora? —preguntó Gabe entre dientes.

—Es un buen momento —dijo Roxie, y era verdad.

—¿Y por qué yo?

—¿No es obvio? También es obvio que tú también me deseas.

—Solo un *gay* permanecería impasible ante una maniobra como esta, pero eso no significa que yo vaya a seguir adelante.

Roxie sintió que su piel se enfriaba. Se irguió al sentir que Gabe se apartaba de ella.

—¿Por qué no?

—Me siento halagado, Roxie —dijo él a la vez que la soltaba—. Pero no estaría bien.

—No soy ninguna niña.

—No, pero no tienes mucha experiencia. No creo que te hayas detenido lo suficiente a pensar en ello.

—No pienso reservar mi castidad para ningún príncipe azul. Han sido más las circunstancias que mi voluntad lo que ha hecho que siga virgen.

—No me digas que eres una virgen accidental —dijo Gabe en tono irónico.

—Supongo que lo soy —contestó Roxie con naturalidad.

—Para eso es la otra botella de champán, ¿no? —dijo Gabe lentamente—. La botella con la V. ¡Cielo Santo! No se puede ser tan premeditado respecto de algo así.

—¿Por qué no? ¿No es mejor encontrar a alguien adecuado que tener una experiencia impulsiva con alguien inadecuado? —Roxie quería un buen amante, y sabía que Gabe lo sería. Su reacción física ante él era muy intensa, y una auténtica novedad.

—¿Y esto no es impulsivo? —Gabe se pasó las manos por el pelo y luego se agachó para tomar la manguera y volverla hacia el jardín.

—Pensaba que apreciarías mi honestidad, pero veo que estaba equivocada —Roxie respiró profundamente para controlar su enfado—. No volveré a cometer ese error.

—¿Qué quieres decir?

—La próxima vez que le haga una proposición a algún hombre no volveré a mencionar la palabra «virgen».

Gabe se quedó boquiabierto.

—¿Planeas ofrecerte a algún otro?

—Puede que hoy no, pero espero que pronto.

—Deberías desear a alguien de quien estés enamorada y que esté enamorado de ti.

En aquella ocasión fue Roxie la que se quedó boquiabierta. ¿Quién habría imaginado que Gabe poseía una vena romántica?

—¿Estabas enamorado de la primera chica con la que te acostaste?

—Eso es distinto.

—¿Por qué? ¿Acaso son distintas las cosas para los hombres? ¿Por qué no puedo yo tener sexo por el mero placer de tenerlo, por curiosidad? ¿Por qué tuviste tú relaciones sexuales la primera vez?

—No malgastes tu virginidad con algún canalla. Es un regalo que deberías hacer a alguien que lo aprecie.

Roxie gruñó de frustración.

—Nunca imaginé que serías tan anticuado. Tu reputación no es cierta.

Gabe tomó a Roxie por el brazo.

—¿Por eso me has elegido a mí? ¿Por algo que has escuchado, por algo que crees saber?

—Te he elegido porque eres un hombre excitante. También corre el rumor de que eres muy bueno en la cama y de que no estás interesado en comprometerte en una relación. Esos son tres puntos esenciales en mi lista.

—La mayoría de las mujeres tienen anotado lo contrario en su lista —espetó Gabe, que dedicó a Roxie una mirada incandescente —. ¿Por qué tú no?

—Porque yo tampoco quiero atarme a una relación. Nunca.

Gabe rio brevemente con incredulidad.

—Así que para ti no va a haber matrimonio ni niños.

—Nunca.

—Nunca es demasiado tiempo para una mujer joven como tú —

dijo Gabe a la vez que aflojaba la mano con la que aún sujetaba el brazo de Roxie.

—No te pongas condescendiente conmigo. Sé lo que quiero y lo que no quiero —Roxie no quería volver a experimentar el dolor que podía conllevar una familia. Tenía el gen de la necesidad de ser libre y no pensaba estropear su vida como lo hizo su madre por tener un hijo, ni una relación larga.

—Lo que quieres y necesitas es a alguien adecuado —replicó Gabe con aspereza.

—¿Y tú no lo eres? ¿No eres un amante lo suficientemente bueno?

—No trates de retarme —contestó Gabe a la vez que le soltaba el brazo—. No te va a funcionar.

—Ah, ¿no? —Roxie bajó la mirada hacia la cintura de Gabe para constatar abiertamente su estado de excitación—. Solo eres humano, Gabe.

—Así es. Soy un humano, no un animal. Poseo autocontrol y libertad de elección —Gabe respiró profundamente y luego le apartó con sorprendente delicadeza la trenza a Roxie del hombro—. ¿Piensas utilizar tus inocentes artimañas para tentarme a perder el control?

Roxie se limitó a mirarlo, porque lo cierto era que le habría gustado poder hacer aquello.

—¿Crees que puedes jugar con fuego, Roxie?

—¿Y tú eres el fuego? —replicó ella en tono burlón—. Esta claro que no eres el ardiente amante del que había oído hablar. Tan solo eres un arrogante insufrible.

—¿No acabas de darme tú un motivo para serlo? Estoy haciendo lo que considero mejor para ambos. Y, además, tú no eres lo suficientemente tentadora para mí.

Roxie sabía que lo único que pretendía Gabe con aquello era librarse de ella.

—Hacer que me enfade no va a servir para que te desee menos —dijo con total sinceridad. Ahora quería verlo de rodillas, temblando de deseo por ella—. Sé que soy más que suficientemente tentadora para ti. Puede que sea virgen, pero no soy estúpida.

—Ese es otro motivo para decir no —dijo Gabe mientras se apartaba unos pasos de ella—. Esta conversación ha acabado. Simularemos que nunca ha tenido lugar. Apenas nos conocemos, y eres mi casera. Eso es todo —añadió antes de volverse para alejarse.

Roxie permaneció donde estaba, con las piernas separadas, deseando a pesar de sí misma volver a entrar en contacto físico con

él.

—Te recuerdo que eres tú el que ha empezado esto.

Gabe se detuvo. El hecho de comportarse como un caballero estaba sobrevalorado, y resultaba casi imposible. Pero ya no había elección; averiguar que Roxie carecía por completo de experiencia había anulado la posibilidad de que hubiera algo entre ellos. Se negaba a ser la causa de la decepción emocional y el colapso mental de otra jovencita.

—Creo que eso sería discutible, pero estoy dispuesto a aceptar que yo también cometo errores. Este ha sido un gran error, y no vamos a empeorar las cosas —dijo, aunque sabía que era difícil que empeoraran más.

Capítulo Cuatro

—¿Has visto a la nueva bailarina? —preguntó Dion a Gabe mientras observaban a los jugadores, que estaban haciendo los últimos ejercicios de entrenamiento del día—. Tu chica del picotazo ha entrado en el grupo y lo hace muy bien. La Sexy Roxie —dijo Dion con una sonrisa maliciosa.

Gabe estuvo a punto de saltar.

—¿Quién la llama así? —preguntó.

—Jimmy y un par de los nuevos. Le han echado el ojo nada más verla.

Era posible que Roxie se hubiera teñido el pelo, que se hubiera pintado con esmero los ojos y que hubiera hecho algo para realzar su busto, pero todo eso era superficial. En el fondo solo era una chica inocente. Era cierto que quería dejar de serlo, pero esa no era la cuestión. Y Gabe no quería que alguno de aquellos patanes se aprovechara de ella. Lo cierto era que quería hacerlo él.

—Solo es una niña —dijo, esforzándose por sonar indiferente.

Inevitablemente, las bailarinas y los jugadores se reunieron cuando terminaron sus respectivos entrenamientos. Los entrenadores observaban atentamente a todos para asegurarse de que los chicos no se metieran en líos la noche antes de un gran partido. Roxie permanecía a un lado del círculo de bailarinas, sin decir nada. Probablemente porque era nueva. Pero solo era cuestión de tiempo que alguno de los jugadores la abordara. Un instante después, dos de los jugadores se acercaron a ella. Estrecharon su mano, pero fue otra bailarina la que charló con ellos mientras Roxie mantenía una enigmática sonrisa.

A Gabe no le gustó que estuviera tan cerca de ellos. Mientras los observaba, Roxie le lanzó una mirada de reojo y a continuación dedicó una sonrisa al tipo que estaba a su lado. Gabe supo que lo había hecho deliberadamente, para tomarle el pelo.

Pero la idea de que estuviera ligando con algún otro le resultaba intolerable.

Cuando Roxie se acercó a arrojar la lata del refresco que estaba bebiendo a la basura, Gabe aprovechó la oportunidad.

—No hagas ninguna tontería —sabía que se había comportado como un memo con ella en más de una ocasión, y lo lamentaba,

pero no quería que cometiera un error a causa de su orgullo herido. Por supuesto, como el completo canalla que era, lo que más lamentaba era no haberla besado.

—No sabía que te preocupara lo que pudiera hacer —replicó Roxie.

Gabe vaciló. Roxie sonrió, atrayendo la atención de este hacia sus brillantes labios.

—Tú ya tuviste tu oportunidad —dijo en tono petulante.

—¿Serías capaz de irte con cualquiera? —preguntó Gabe, consternado.

—No con cualquiera. Los estoy evaluando. Tú los conoces bien; ¿me recomiendas alguno?

—Eso no es gracioso.

No lo era, pero Roxie rio de todos modos.

—Ninguno de esos chicos te serviría —dijo Gabe con firmeza.

—Ninguno es tan bueno como tú, ¿no? —replicó Roxie en tono burlón.

—Solo creo que estás cometiendo un error —un terrible error, pensó Gabe. Y el mero hecho de pensarlo lo estaba matando.

—Lo que estoy haciendo es seguir adelante con mi vida. Quiero hacer muchas cosas. Esta es solo una de ellas. Ahora mismo estoy disfrutando coqueteando.

Gabe apoyó una mano en su brazo para evitar que se alejara.

—Algunos de esos chicos no saben cuándo parar —advirtió.

Roxie sonrió de oreja a oreja.

—¿Y quién ha dicho que quiera que pare? —dijo, y a continuación se alejó de nuevo hacia el grupo de chicas, dejando a Gabe boquiabierto.

Los jugadores empezaron a retirarse unos minutos después, dispuestos a retirarse temprano aquella noche. Pero los que estaban hablando con Roxie seguían allí. Cuando esta se encaminó hacia los vestuarios, Gabe hizo lo mismo.

—¿Te vas? —preguntó cuando la alcanzó.

—Sí, me voy.

—¿Sola? —Gabe lamentó de inmediato haber añadido aquello, pero estaba tan embobado por ella que no pudo evitarlo. Aquello empezaba a resultar patético.

—Es la noche anterior al primer gran partido de la temporada. ¿De verdad crees que alguno de los jugadores estaría dispuesto a irse de juerga conmigo?

Al parecer los chicos eran más profesionales que él. Volvió la mirada hacia el grupo de jugadores y vio que varios los observaban.

Salió del estadio con Roxie sin importarle que lo vieran. Si pensaban que estaba con ella, mejor.

Se encaminaron juntos hacia el aparcamiento. Gabe se sorprendió cuando Roxie se detuvo junto a un coche y sacó una llave del bolsillo.

—¿Este es tu coche?

—Lo es.

Gabe parpadeó un par de veces antes de deslizar una mano por el capó. Luego frunció el ceño.

—¿No tenías una de esas botellas de champán para celebrar el día en que te sacaras el carné de conducir? —entrecerró los ojos—. Enséñame tu carné de conducir.

—Lo haré en cuanto usted me enseñe su insignia, oficial —dijo Roxie arrastrando la voz y disfrutando enormemente de poder burlarse de él. Estaba de buen humor porque Gabe no había querido que flirteara con los jugadores y porque la había acompañado al salir sin importarle que los vieran juntos.

—No puedo creer que santa Inocencia conduzca ilegalmente.

Roxie estuvo a punto de derretirse al escuchar su risa.

—¿Por qué me llamas santa Inocencia?

—Oh, vamos. Porque eres una santa. Tú misma me dijiste hasta qué punto.

Roxie suspiró.

—No creo que la virginidad tenga nada que ver con que una chica sea buena o mala. Creo que necesitas superar tus estereotipos femeninos.

—Quién fue a hablar de estereotipos. ¿Qué me dices de tu nuevo peinado, de tus falsos pechos, de tu repentina decisión de bailar en público? Lo cierto es que vives en un escondite y no te dedicas precisamente a salir de fiesta. Eres Roxanna, no la sexy Roxie. Estás jugando a hacerte la vampiresa, la sofisticada, pero no sé por qué.

—No estoy jugando a nada —dijo—. ¿Acaso crees que soy una niña que ha estado jugueteando con el maquillaje de su mamá? Me viste antes de que fuera a la peluquería, ¿y qué? Soy capaz de ser más mala de lo que puedas imaginar.

—Lo cierto es que sí puedo imaginarlo —dijo Gabe con voz grave—. Pero, si eres tan mala, ¿por qué no tuviste relaciones sexuales con tu novio en el asiento trasero de este coche?

Ruborizada, Roxie le dio un empellón.

—Porque habría sido irrespetuoso —contestó con sinceridad… y sin aliento.

Gabe apoyó la espalda contra el coche.

—No más irrespetuoso que conducir sin carné. ¿Cómo es que nunca te ha detenido la poli?

Roxie se encogió de hombros a la vez que se esforzaba por no inclinarse para que su boca entrara en contacto con la de Gabe.

—Siempre conduzco con mucho cuidado.

—¿Quién te enseñó a conducir?

—Mi abuelo. Este coche era un auténtico orgullo para él, y yo lo respetaba, así que nunca se me habría ocurrido correr el riesgo de dejarle manchas de leche en sus asientos de cuero.

Gabe sonrió al escuchar la burda palabra utilizada por Roxie.

—¿Y por qué no te has sacado el carné?

—He estado muy ocupada. Además, una L en la ventanilla trasera del coche estropearía su aspecto.

Roxie tuvo que aprender a conducir por necesidad, para poder acudir al hospital o a una farmacia en caso de urgencia. Podría haberse sacado el carné, pero también había querido disfrutar un poco vengándose de las autoridades, de las instituciones que la habían abandonado a ella y a su familia. No habían contado con ningún apoyo. Recibieron la visita de un trabajador social al principio y luego nada. Roxie acababa de cumplir los diecisiete y su abuela acababa de morir, dejándola sola a cargo de su abuelo en el comienzo de lo que acabó siendo una larga enfermedad. No había contado con nadie.

Gabe la miró con expresión seria y alargó una mano hacia ella.

—Dame las llaves.

Roxie suspiró dramáticamente.

—¿Quién te crees que eres?

—Dame las llaves o llamo a la poli.

Roxie se quedó boquiabierta ante el inconfundible tono de amenaza de Gabe.

—No serías capaz.

—Pruébame —replicó Gabe sin apartar la mano—. Dámelas.

Roxie se quedó un momento mirándolo. Finalmente le entregó las llaves de mala gana.

Gabe giró sobre sí mismo, abrió la puerta del coche y se sentó ante el volante con una sonrisa de oreja a oreja. Luego abrió la ventanilla.

—Siempre he querido conducir uno de estos. ¿Puedo conducirlo a casa?

—¿Y tu coche? —preguntó. Se trataba de un coche deportivo que debía valer una fortuna y que se hallaba aparcado a pocos metros del suyo.

Gabe sacó unas llaves de su bolsillo y se las dio.

—Condúcelo tú.

—Ni hablar.

Gabe rio.

—¿Por qué no?

—Porque vale ochenta veces más que el mío —protestó Roxie mientras se esforzaba por seguir enfadada con él—. No podría permitirme pagar una posible reparación si lo rayo, o algo peor.

—Qué prudente —dijo Gabe con una molesta expresión de suficiencia.

—¿Y qué si lo soy?

—Sigue así —dijo Gabe.

Roxie frunció el ceño al escuchar aquello.

Gabe sostuvo la puerta para que Roxie ocupara el asiento tras el volante.

—Conduce con cuidado… —se inclinó hacia la ventanilla y añadió en un ronco murmullo—: A menos que quieras que te lleve yo.

Roxie lo miró un instante. Luego hizo un mohín y batió las pestañas.

—Ya sabes que quiero que me lleves… —susurró—… pero no en mi coche.

Gabe rio mientras se erguía y cerraba la puerta. Luego metió la mano por la ventanilla y le acarició con los nudillos la mandíbula a Roxie.

—Sigue practicando. Estoy seguro de que algún día obtendrás el título de muñeca retozona.

Roxie le dedicó una mirada de pocos amigos a la vez que arrancaba el coche.

Durante el trayecto, con Gabe siguiéndola de cerca, Roxie estuvo a punto de equivocarse de dirección en dos ocasiones. Al mirar por el retrovisor vio el destello de su sonrisa. Cuando llegó a su casa, salió del coche para abrir la puerta del garaje y luego aparcó en el interior. Gabe había aparcado fuera. Cuando entró se encaminó hacia donde Roxie trataba de estirar una lona azul que apenas cubría los montones de cajas de cartón que había amontonado a lo largo de una de las paredes del garaje.

—Tienes un montón de cosas —comentó.

—Sí, no estoy segura de qué hacer con todo esto.

—¿No quieres quedártelo?

—No todo —allí estaban todos los recuerdos, las historias, sus vidas… Había repasado todo meticulosamente y no había

encontrado las respuestas que buscaba—. Lo mismo pasa con el mobiliario —suspiró y se encaminó hacia la puerta que daba al jardín—. Me he librado de algunas cosas, pero ya has visto el resto que tengo amontonado arriba —resto del que tampoco se animaba a desprenderse.

—¿No conoces a nadie a quien pudiera interesarle? —preguntó Gabe mientras la seguía.

—No. Mi madre era hija única, como yo —no tenía tías, ni tíos, ni primos. Ella era la única que quedaba de su familia.

—¿Y tu padre?

Roxie endureció lo suficiente su corazón para poder responder.

—No sé nada de él.

—¿Ni siquiera su nombre? —bromeó Gabe.

—No —contestó Roxie de mala gana.

—Oh —Gabe carraspeó y apartó la mirada—. Lo siento.

—No pasa nada. No hay ni un solo documento en esas cajas, y tampoco he recibido ayuda de ningún departamento burocrático —se obligó a sonreír. Nunca habían sido capaces de ayudarla.

Gabe le devolvió la sonrisa.

—¿Esta era la casa de tu madre?

—No. Mi madre vivía en el Reino Unido. Me criaron mis abuelos. Esta es su casa.

—¿Y te la dejaron a ti?

Roxie asintió.

—¿Cuándo?

¿Gabe no lo sabía, pero estaba llevando la conversación a un terreno muy pantanoso.

—Mi abuela murió cuando yo tenía dieciséis años. Mi abuelo murió hace un año.

—Lo siento —Gabe se volvió ligeramente para mirar la preciosa casa, cosa que Roxie agradeció, porque mantener la sonrisa le estaba costando verdaderos esfuerzos—. ¿Dónde está tu madre ahora?

Roxie cerró los ojos un segundo.

—Murió cuando yo tenía ocho años.

—Vaya —murmuró Gabe—. Eso tuvo que ser muy duro.

Roxie se encogió de hombros.

—Vivía en el extranjero. Yo me crié con mis abuelos, así que apenas la conocía. He vivido aquí toda mi vida.

De pequeña había vivido con la idealista esperanza de que su madre volvería algún día y respondería a todas sus preguntas. Pero aquello no sucedió, y cualquier posibilidad de obtener respuestas

quedó enterrada junto al último miembro de la familia. Había pasado años revisando aquellos papeles y tratando de asimilar las cosas. Finalmente lo había guardado todo en cajas selladas.

Al mirar a Gabe vio en su rostro lo que nunca había visto en ningún otro.

—No necesito compasión, Gabe —dijo, molesta—. Hace más o menos un año habría estado bien —fue incapaz de no lanzarle un último reto—. Lo que necesito ahora es un poco de diversión y aventura. Ya ha pasado mucho tiempo —en aquella ocasión no habló en susurros, ni dedicó a Gabe una tímida sonrisa, sino que lo dijo con total sinceridad.

—No creo que lanzarse a lo más hondo sea la forma de arreglar las cosas —contestó Gabe de modo tajante.

Roxie no podía creerlo. ¿El flirteo de hacía unos minutos solo había sido eso? ¿Gabe seguía negando aquello? No sabía cómo había adquirido su fama de playboy, pero estaba claro que se había equivocado con él. Y se sentía mortificada por haberse lanzado tan descaradamente a conquistarlo.

—¿Crees que no podría manejarlo? Me he enfrentado a más de lo que puedas imaginar —dijo, aunque no pensaba darle los detalles de su triste historia para ganar puntos. Ya estaba bastante enfadada consigo misma por haberle contado todo aquello. Lo último que quería era su compasión.

Gabe la miró atenta e intensamente durante unos segundos.

—Nos veremos en el partido mañana —dijo mientras se alejaba —. Baila con fuerza —añadió por encima del hombro.

Capítulo Cinco

Roxie se sentía avergonzada e incómoda mientras se ponía el traje de baile. Gabe la estaba evitando. Aquella mañana había visto cómo agachaba la cabeza al ver que ella alzaba la mirada hacia las ventanas desde el jardín. También había visto cómo se había dado la vuelta en cuanto la había visto en el otro extremo de uno de los largos pasillos del estadio. De manera que estaba claro que había metido la pata hasta el cuello. Gabe no estaba en lo más mínimo interesado en ella; tan solo se había limitado a flirtear un poco para divertirse. Y ahora que conocía su pasado, probablemente temía que fuera demasiado frágil y pudiera volverse tan loca como su ex.

—¿Lista? —preguntó Chelsea a la vez que echaba atrás su melena con un movimiento de la cabeza.

Roxie asintió sin decir nada. Estaba claro que debía haber hecho más caso a la advertencia de Chelsea sobre Gabe.

Pero en aquellos momentos debía enfrentarse a su primera noche de baile como una Silver Blade. Se miró en el espejo, tratando de convencerse de que si no se reconocía a sí misma, nadie más lo haría y, por tanto, no pasaría nada si hacía un completo ridículo en la pista. Pero estaba aterrorizada; toda su confianza se había esfumado. Trató de respirar profundamente, pero lo que necesitaba era aire fresco, no las nubes de laca acumuladas en el vestuario de las Blade.

Gabe estaba casi listo para el partido. Había vendado un par de rodillas y tenía su botiquín portátil listo. Pero tenía la cabeza en otra parte. Se había vuelto loco por aquella provocativa y preciosa mujer a la que había puesto voluntariamente fuera de su alcance. Salió a dar una vuelta, decidido a recuperar la perspectiva. Caminaba por uno de los pasillos del estadio cuando estuvo a punto de pasar de largo junto a la sombra que se hallaba en los peldaños de una escalera. Pero su cuerpo reconoció de inmediato a Roxie.

—¿Qué haces aquí, Roxie?

—Nada. Descansar un momento. Vete, por favor.

—No —dijo Gabe con firmeza a la vez que se acercaba a ella—. Estás disgustada. ¿Qué pasa? ¿Te ha molestado alguno de los

jugadores? —preguntó, apretando los puños.

—¿Qué? ¡No!

Gabe la creyó, pero también captó la emoción que emanaba de su voz. Había visto mucho miedo en su trabajo, y lo estaba viendo en Roxie en aquellos momentos. Su forma de aferrar las manos juntas, el brillo de terror que había en su mirada…

—Dime lo que te pasa, por favor —dijo, preocupado, reprimiendo el impulso de abrazarla allí mismo para que se sintiera a salvo.

—Estoy bien. En serio. Solo me estaba tomando un respiro. El vestuario huele demasiado a perfume y a laca —Roxie se dio cuenta de que estaba parloteando. ¿Por qué estaba parloteando?—. Quería dar un paseo para despejarme —miró a Gabe con los ojos abiertos de par en par, frenéticos—. Estoy nerviosa.

Gabe sintió un intenso alivio al saber que se trataba de eso, pero tenía demasiada experiencia sobre el asunto como para quitarle importancia y reírse de ella.

—Eres una buena bailarina. Lo harás muy bien.

Roxie negó violentamente con la cabeza.

—Nunca había hecho antes. Nunca he bailado ante una audiencia.

—¿Qué? —tenía que estar bromeando.

—El estadio está lleno —Roxie siguió hablando, cada vez más deprisa—, la televisión emite el partido y va a haber millones de personas viendo el partido. Hace años que no voy a una clase de baile. Bailé de pequeña, pero cuando la abuela se puso mala dejé de ir a clases. Soy autodidacta; no tengo la categoría suficiente para bailar junto a chicas profesionales y con experiencia. ¿A quién trato de engañar? No puedo hacerlo.

—Sí que puedes —dijo Gabe con firmeza.

Ella negó vehementemente con la cabeza, temblorosa, a punto de echarse a correr.

—Imagina que estás en el jardín y que nadie te está viendo —Gabe se acercó un poco más a ella y trató de hablar con mucha calma—. Bailas increíblemente bien en el jardín —la había visto a menudo y sabía cómo se movía. Un millón de veces mejor que cualquiera de las otras chicas.

Roxie lo miró aún más asustada.

—No puedo hacerlo.

El miedo de Roxie era irracional, y era obvio que los racionales intentos de Gabe para tranquilizarla no iban a funcionar, de manera que solo le quedaba una opción: la distracción.

Pero solo con intención de tranquilizarla, se dijo. Un abrazo podía resultar reconfortante. Además, ya le iba a resultar imposible no tocarla. Deseaba hacerlo. Lo único que importaba en aquellos momentos era lograr que se sintiera mejor.

Roxie estaba a punto de llorar. Trató de calmarse, pero, cuanto más lo intentaba, peor se ponía. Y tener allí a Gabe no estaba ayudando.

—Roxie —dijo él a la vez que la tomaba por los hombros.

Ella alzó el rostro para mirarlo.

—Roxie —repitió Gabe en un tono completamente distinto.

Roxie se quedó momentáneamente paralizada, mirándolo. Pero Gabe no dijo nada más y se limitó a mirarla mientras una leve sonrisa le curvaba los labios. Roxie lo contempló, fascinada, pues no era el tipo de sonrisa que había visto antes; era una sonrisa atrevida, cargada de promesas…

Gabe retiró la mano de uno de los hombros de Roxie para tomarla por la barbilla. El contacto fue como una droga para ella. Sintió que la ansiedad que sentía se transformaba en una lenta calidez. No era capaz de moverse, ni para alentarlo, ni para huir de él. Solo podía esperar. Y desear.

Gabe le acarició la mejilla con el pulgar y Roxie sintió su aliento en la cara. Cerró los ojos instintivamente para centrarse en su cercanía, en su olor.

El beso que recibió fue delicado, y en seguida sintió que no le bastaba. El rescoldo que tanto tiempo llevaba latiendo en su interior se transformó en una llamarada.

—Vas a hacerlo genial —susurró Gabe con los labios contra la piel de su cuello—. Increíble —dejó un rastro de besos por su mandíbula—. Tú eres increíble.

Los miedos de Roxie se esfumaron para dar paso a un intenso deseo. Quería tener a Gabe más cerca, aferrarse a él como una lapa. Tenía delante de sí lo que llevaba deseando varios días, atormentándola, cautivándola, pero fuera de su alcance.

—Sal al campo y diviértete —dijo Gabe.

Pero a Roxie ya le daba igual el baile. La diversión estaba allí mismo.

Y Gabe lo hizo, pero no donde ella quería, sino en el cuello, a la vez que la deslizaba una mano por la espalda para atraerla hacia sí. Roxie echó la cabeza atrás, totalmente entregada mientras él seguía besándola apasionadamente.

—Roxie… —murmuró Gabe con voz ronca.

Roxie sentía que el cuerpo le ardía.

—Bésame bien —quería sentir su boca, quería sentirse totalmente envuelta en su abrazo.

Sintió la respiración acelerada de Gabe, que presionó su abdomen contra ella sin dejar de besarla. Roxie sintió cómo se endurecía contra ella.

—Gabe… —rogó.

Él apartó el rostro con verdadero esfuerzo.

—Te besaré adecuadamente después del partido —murmuró.

—No —Roxie balanceó instintivamente sus caderas contra él—. Ahora…

Gabe apoyó ambas manos en sus glúteos y la retuvo contra sí.

—No… por favor —Roxie se frotó contra él, moviéndose lo poco que le permitieron sus manos, aunque casi bastó para que alcanzara un orgasmo—. Por favor…

—Vas a llegar tarde —Gabe volvió a inclinar la cabeza para besarla en el cuello a la vez que presionaba la pelvis con fuerza contra ella—. No puedes llegar tarde…

—No pares… no pares… —a Roxie le dio igual mostrar lo desesperada que se sentía—. Bésame, bésame —rogó, sintiendo que sus erectos pezones anhelaban sentir el contacto de su boca, de sus dientes…

Pero entonces Gabe dio un paso atrás.

—Después del partido.

Roxie se quedó jadeando, incrédula. Negó con la cabeza, pero no le quedaba aliento para rogar más. Gabe la tomó con firmeza por el brazo y la guio por el pasillo de vuelta a los vestuarios. Empujó la puerta para que entrara y en seguida siguió alejándose por el pasillo.

—¡Ahí estás! —dijo Chelsea desde dentro del vestuario—. Empezaba a preguntarme dónde te habías metido.

Roxie no tuvo más opción que entrar. Se sentía tan caliente, tan excitada, tan asombrada… Sus labios se distendieron en una lenta sonrisa. Gabe había cambiado de opinión. Era suyo. Ya no podía negar lo que había entre ellos. Había sentido la intensidad con que la deseaba…

—¿Estás lista? —preguntó Chelsea—. Tienes un aspecto estupendo.

Roxie se miró un momento en el espejo y vio que sus ojos brillaban y que sus mejillas tenían un tono ligeramente colorado y saludable. Y su maquillaje seguía en perfecto estado.

—Estoy totalmente lista —dijo, radiante. Ya estaba deseando que todo acabara.

La música comenzó a sonar en la distancia y el sonido del multitud aumentó de volumen. Roxie escuchó los silbidos, los aplausos. Rio mientras corrían por el pasillo y salían al estadio. Cuando empezó a bailar sintió que su cuerpo se movía con gran fluidez y libertad, totalmente relajado. Nunca se había sentido tan consciente de su cuerpo.

Después del partido, que, naturalmente, ganaron los Knights, Roxie se cambió rápidamente. Había una pequeña fiesta en el estadio y, después, la mayoría de los jugadores y las bailarinas acudían a un club particular. Estaba deseando quedarse a solas con Gabe para recibir por fin el beso que tanto llevaba esperando. Y después… todo lo demás.

Entró en la sala en que se celebraba la fiesta junto a otro par de bailarinas, incapaz de contener la sonrisa. Su corazón latió con más fuerza mientras recorría la sala con la mirada. Pero, antes de terminar de hacerlo, supo que Gabe se había ido.

Capítulo Seis

Roxie subió las escaleras que llevaban a su dormitorio pisando fuerte, demasiado desafiante como para molestarse en no hacer ruido. No había luz en la casa, de manera que era posible que Gabe aún no hubiera llegado.

Cuando entró en su cuarto fue directamente a la nevera, sacó la botella reservada para celebrar su primera actuación en público, la descorchó y bebió directamente de esta.

Sabía bien.

Estaba acalorada y sedienta, enfadada y excitada, de manera que dormir iba a ser imposible. Salió al porche a beber el champán. Miró las ventanas de Gabe con el ceño fruncido, repasando mentalmente lo que pensaba decirle en cuanto volviera a verlo. Con cada sorbo de la botella empezó a sentirse más desafiante, más segura de sí misma.

Masculló una maldición.

Tenía una llave de la casa y pensaba echarle una buena bronca. Estaba en deuda con ella. ¿Por qué no entrar y decírselo a la cara?

Tras vaciar de un trago el resto de la botella, tomó las llaves y se encaminó hacia la puerta trasera de la casa. Abrió la puerta y pasó al interior. No sabía qué dormitorio habría elegido Gabe, pero eso no era problema.

Tras constatar que no estaba en la habitación de abajo, subió a la de arriba, su antiguo dormitorio. La puerta estaba entreabierta. La empujó y entró. Miró hacia la cama. Gracias a la luz de la luna comprobó que el muy miserable estaba profundamente dormido. ¿Cómo podía estar tan tranquilo mientras ella se sentía devorada por las fantasías de todo lo que quería hacerle… y de todo lo que quería que él le hiciera?

Sin pensárselo dos veces, se acercó a la cama. Hacía calor y Gabe estaba tapado tan solo por una sábana que lo cubría de la cintura para abajo. No llevaba camiseta, y Roxie fijo instintivamente la mirada en su poderoso pecho, en sus marcados abdominales.

Gabe se movió un poco y abrió los ojos. Miró a Roxie sin verla, gruñó y volvió a cerrar los ojos a la vez que murmuraba su nombre.

Como hipnotizada, Roxie vio que deslizaba la mano bajo la

sábana y la llevaba hacia su entrepierna, zona en que la sábana aparecía sospechosamente elevada y tensa. Suspiró, frustrado, buscando satisfacción.

Roxie sonrió de oreja a oreja, encantada al saber que no era la única que se enfrentaba a unos sueños tan explícitos. Alargó una mano y deslizó un dedo por el esternón de Gabe en dirección a su ombligo.

—Estoy aquí mismo —murmuró.

—¡Pero qué…! —Gabe se irguió como una exhalación y apoyó instintivamente la mano sobre la de Roxie—. ¿Roxie? —preguntó con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué diablos haces aquí?

Roxie trató de liberar su mano, pero él no la soltó.

—Me has dejado plantada —replicó.

—Roxie… —Gabe apartó la mano de Roxie de su pecho—. No puedes entrar así como así en la casa de otra persona.

—Por si te interesa saberlo, esta es mi casa. Pero no te asustes —añadió en tono sarcástico—. No he entrado para atacarte o seducirte. Solo quiero echarte la bronca.

—¿Y no puedes esperar a mañana?

—No, porque te has comportado como un memo.

—Eso no es cierto. He sido amable contigo y te he ayudado a tranquilizarte.

—¿Eso fue lo que te enseñaron en la facultad de medicina? No trates de actuar como si hubiera sido algo que tú mismo instigaste. Y no trates de negar que era algo que llevabas días deseando hacer, ni de simular que no va a suceder nada más íntimo.

Gabe se movió y la sábana se deslizó ligeramente hacia abajo. Volvió a subirla de inmediato, pero no antes de que Roxie pudiera echar un rápido vistazo.

Era obvio que su reacción no hacía más que crecer. El sentimiento de anticipación le hizo reír.

—¿Sabías que hay más de doscientos millones de burbujas en una botella de champán? Lo que significa que ahora mismo unas cien millones recorren mis venas.

Gabe apoyó la espalda contra el cabecero de la cama.

—¿Alguien se ha molestado en contarlas? —preguntó, fingiendo toda la indiferencia que pudo.

—Eso parece.

—¿Ya te has tomado tu media botella?

—Yo sola. Debería haberla compartido contigo.

Gabe movió la cabeza lentamente y sonrió. Habría disfrutado bebiendo el champán de labios de Roxie… el problema era que le

gustaba demasiado. Sentía que bajo el animado exterior de Roxie había auténtico sufrimiento, que estaba negando su soledad y quién sabía que otras necesidades. Pero él no podía ofrecerle la seguridad que necesitaba. No quería líos emocionales. Ya le había llevado demasiado tiempo volver a sentir su propia libertad. Y no podía estar seguro de que Roxie no fuera a querer más si llegaran a acostarse.

—Da igual —añadió Roxie mientras se arrimaba a él—. Me habías prometido algo.

—No te lo he prometido —murmuró Gabe débilmente, agobiado por la tentación.

—Después del partido —Roxie ignoró las palabras de Gabe—. He bailado como me dijiste. ¿Me has visto?

—Sí —respondió Gabe escuetamente.

—¿Y te ha gustado? —preguntó Roxie con voz ronca.

Gabe tragó con esfuerzo. Aquello era una auténtica tortura.

—¿Tienes miedo a responder?

—Sí —admitió Gabe.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerte daño.

—No me harás daño. Al menos si estoy… caliente, y creo que lo estoy —Roxie dejó escapar una risita—. Y tampoco creo que vaya a doler tanto, ¿no? Siempre pensé que lo del dolor era algo que se decía para desanimar a las chicas, para mantenerlas puras —añadió con una risa.

—Roxie —murmuró Gabe, consumido por el deseo—. No me refería al dolor físico.

—Oh —Roxie se mordió el labio, pero sin dejar de sonreír.

—Hablo en serio —Gabe se irguió en la cama, enfadado, frustrado… y terriblemente excitado—. ¿De verdad serías capaz de tener una aventura de una noche? Normalmente, el primer amor y la primera experiencia sexual suelen ir de la mano, e implican más emociones de las que uno puede controlar. No quiero complicaciones emocionales. Si hiciéramos esto, te importaría mucho más a ti que a mí.

—No —negó Roxie con firmeza—. Lo único que me importa es pasarlo bien, y sé que así será contigo.

Gabe cerró los ojos con fuerza, pues sabía que lo pasarían mejor que bien.

—Eres virgen. Una virgen borracha. ¿Por qué diablos estoy hablando contigo? Haz el favor de salir de aquí.

—No estoy borracha. Te deseo, y lo único que te pido es esta

noche. ¿No es la fantasía de todo hombre iniciar a una mujer virgen en los placeres del sexo? —Roxie suspiró y sonrió de la forma más traviesa que Gabe había visto en su vida—. ¿Por qué no me enseñas lo bueno que puede ser?

Aquella mezcla de inocencia y deseo carnal hacía que la deseara aún más. Pero no podía hacerlo.

Enfadado con ella y consigo mismo, apartó la sábana y salió de la cama.

Roxie se quedó mirándolo, boquiabierta. Estaba más excitado de lo que había imaginado. Avanzó hacia ella con firmeza.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Acompañarte a la puerta para que te vayas a tu habitación. Sola —contestó Gabe, pero la evidente y poderosa excitación de su cuerpo lo delataba. Y ambos lo sabían.

Roxie negó con la cabeza.

—No debería habértelo dicho.

—No, me alegra que lo hayas hecho. Así puedo evitar que ambos cometamos un grave error.

Envalentonada ante aquel rascacielos de erección, Roxie dio un paso hacia él.

—¿Cómo va a ser un error, Gabe, si ambos lo deseamos? No soy una completa novata. Sé cómo acariciar esto.

En aquella ocasión fue directa al grano; no pudo resistir la oportunidad. Tomó en la mano los testículos de Gabe, deslizó la mano a lo largo de su miembro y acarició su cima, sintiéndose cada vez más mareada.

Gabe deslizó una mano por el pelo de Roxie para hacerle echar atrás la cabeza. Con la boca entreabierta, jadeante, ella lo miró a través de sus pestañas semicerrada, ofreciéndose a él para lo que quisiera.

Finalmente, tras mascullar una maldición, Gabe la besó.

Roxie llevaba días soñando con aquello. Y, por una vez, la realidad era mejor que los sueños. La intensidad del beso de Gabe le hizo temblar con violencia a la vez que sus últimos restos de precaución se esfumaban. Se sentía embriagada, pero no a causa del alcohol, sino por el júbilo y el placer de estar tan íntimamente cerca de alguien.

Buscó casi con desesperación la lengua de Gabe con la suya, temblorosa entre sus brazos. Instintivamente, alzó una pierna y rodeó con ella la de Gabe, a la vez que presionaba la pelvis contra su miembro, anhelante.

Gabe sujetó el cuerpo de Roxie con fuerza cuando sintió que deslizaba una pierna en torno a la suya. Incluso a través de su braguita pudo sentir que estaba húmeda… y totalmente lista para él.

Estaba a punto de perder la cabeza.

—Gabe… —susurró Roxie, ardiente, sensual, terriblemente tentadora.

Temblando de frustración, Gabe apoyó las manos en su trasero y la alzó para llevarla a la cama. La tumbó de espaldas y luego se situó sobre ella, apoyándose en los codos para hacerle sentir su pelvis.

Las pupilas de Roxie se dilataron. Roxie vio cómo se ruborizaban sus mejillas, sus labios… Era evidente que quería aquello, que lo deseaba. Era posible que careciera de experiencia, pero también era evidente que tenía los instintos adecuados.

Inclinó la cabeza y volvió a besarla, pero el sonido de una alarma en el fondo de su cabeza empezó a aumentar de volumen. Si seguía adelante y hacía aquello, no podría perdonárselo a sí mismo. Ella había estado bebiendo y él no. Pero se sentía incapaz de no tocarla, de no satisfacerla, de satisfacerse. Pero solo le estaba permitido lo primero. No quería aprovecharse de su condición. Roxie no podía estar segura de todo lo que le estaba ofreciendo. Tenía las defensas bajas a causa del champán.

Pero su forma de moverse, de gemir, su apasionada y hambrienta forma de besarlo lo estaban volviendo loco. ¿Cómo iba a resistirse a aquello? ¿Y cómo iba a negarle el placer que estaba buscando?

Se obligó a apartarse un poco y, mientras la besaba, deslizó una mano bajo su falda, apartó a un lado sus braguitas e introdujo lentamente un dedo en su húmedo y deslizante sexo. Gimió contra su boca al sentir lo preparada que estaba para él. Luego se centró en lo que quería hacer y empezó a acariciarla.

Debió hacerlo bien, porque el gemido que escapó de entre los labios de Roxie fue la pura representación sonora del placer sensual. Sintió que los labios de su sexo se inflamaban ligeramente, preparándose para ser invadidos. Anhelaba introducirle más los dedos y penetrarla profundamente, con fuerza, hasta hacerle alcanzar un orgasmo que nunca olvidarían.

Buscó la liberación a su frustración besándola de nuevo, introduciendo y sacando rítmicamente la lengua de su boca. Más que un beso fue una brutal muestra de deseo incontrolado. Roxie se

arqueó apasionadamente contra él, haciéndose más accesible, más vulnerable, aún más imposible de resistir.

Pero Gabe resistió y siguió acariciándola íntimamente. Nunca había experimentado un deseo más intenso, casi doloroso. El corazón le latía con violencia en el pecho y tenía el cuerpo cubierto de sudor a pesar de que apenas se estaba moviendo. Contenerse le estaba reclamando el esfuerzo más intenso de su vida.

Sintió el ahogado gritito de Roxie contra sus labios cuando las exquisitas sensaciones que la embargaban acabaron liberándose, pero no apartó sus labios de ella ni dejó de acariciarla con el dedo, aunque sin llegar a penetrarla. El cuerpo de Roxie comenzó a vibrar cuando alcanzó el orgasmo. Gabe perseveró, implacable en su necesidad de llevarla a lo más alto, de ser testigo de la deliciosa expresión de placer que distendió su rostro, hasta que sintió que se quedaba totalmente laxa bajo su muslo. Solo entonces se apartó para tumbarse a su lado y abrazarla mientras trataba de regular su respiración y aplacar su deseo.

—Oh, Gabe —susurró Roxie en un tono colmado de satisfacción.

—Shh —Gabe le acarició el pelo, y esperó a que el sueño se adueñara de ella.

Afortunadamente, Roxie apenas tardó en quedarse dormida. Pero, a pesar de sus intenciones, Gabe fue incapaz de moverse. Estaba tan dolorosamente excitado y sensible que incluso el mero roce de las sábanas de algodón le hacía daño. Apretó los dientes mientras esperaba a calmarse, pero lo único que logró fue atormentarse con visiones de lo que podría haber hecho, de lo que en otra época habría hecho sin pensárselo dos veces.

Estaba claro que tener conciencia resultaba realmente incómodo.

Capítulo Siete

Cuando Roxie despertó estaba sola en la cama. Parpadeó al ver las familiares paredes del dormitorio en que había despertado casi cada mañana a lo largo de su vida.

Pero ahora todo había cambiado, pensó al recordar.

Alzó las sábanas y vio que estaba vestida y que aún llevaba las braguitas puestas. Gabe ya no estaba allí, por supuesto. Recordó sus besos, casi feroces, el peso de su cuerpo, la forma en que la había acariciado hasta hacerle llegar.

Pero eso había sido todo.

En la próxima ocasión no pensaba permitir que eso fuera todo. Ahora sabía que Gabe soñaba con ella tanto como ella con él. Se quitó rápidamente toda la ropa. Se negaba a abandonar la cama hasta que Gabe llegara y disfrutara como ella. Era lo justo. De manera que se tumbó a esperar.

Afortunadamente no tuvo que esperar demasiado. Gabe apareció en el umbral vestido tan solo con unos vaqueros oscuros. Roxie supuso que acababa de tomar una ducha, porque aún tenía el pelo húmedo y parecía recién afeitado. Pero parecía haber vuelto a adoptar su personalidad gruñona.

—¿Tienes dolor de cabeza? —preguntó Gabe con aspereza.

—No. No estaba bebida, Gabe.

—¿Tienes hambre? —preguntó él sin mirarla.

—Aún si…—contestó Roxie en un tono claramente sugerente.

Gabe frunció el ceño.

Roxie sonrió abiertamente. Quería alcanzarlo, hacerle salir de sus malditos límites.

—Lo recuerdo todo.

Gabe pareció más incómodo que nunca.

—Estabas bebida —dijo con firmeza—. Lo siento. No debería haber…

Roxie lo miró de arriba abajo y entonces fue cuando se fijó en la evidencia de su excitación. El tamaño de su paquete no era para nada normal. Se irguió en la cama, sujetando momentáneamente la sábana contra su pecho, y luego salió de la cama sin molestarse en sostenerla.

—Gabe… —murmuró. Mientras avanzaba hacia él deslizó las

manos por sus costados y balanceó las caderas.

El se quedó mirándola con la boca abierta, paralizado.

Aquella reacción fue lo último que necesitó para perder los últimos restos de inhibición.

—No tienes que sentirte mal.

Las pupilas de Gabe parecieron dilatarse, oscureciendo aún más su ardiente mirada. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Era la primera vez que Roxie veía a un hombre ruborizándose.

—He estado pensando mucho en ti —susurró a la vez que se acercaba hasta quedar a pocos centímetros de Gabe.

—¿Y qué has hecho mientras pensabas en mí? —contestó Gabe con voz ronca.

Roxie se pasó la lengua por los labios y sonrió.

Sin poder contenerse, Gabe alzó las manos y las sostuvo en el aire frente a Roxie.

—¿Qué imaginabas que hacían mis manos mientras pensabas en mí?

Roxie tomó las manos de Gabe y las guio hacia su cuerpo. Apoyó una en uno de sus pechos y la otra en su vientre. Tras cubrirla con la suya, empujó poco a poco la de Gabe hacia abajo.

—Todo —contestó en un susurro a la vez que separaba ligeramente las piernas—. Lo he imaginado todo.

Gabe masculló un exabrupto.

—¿Y cómo diablos se supone que voy a resistirme a ti?

—No vas a resistirte.

—Cada vez que cierro los ojos te veo —confesó Gabe mientras acariciaba con una mano un pezón de Roxie y con la otra su sexo.

—Hoy lo quiero todo, Gabe —susurró ella a la vez que pasaba una mano tras la cabeza de Gabe para atraerlo hacia sí y besarlo.

Gabe reclamó de inmediato el dominio de la situación. Introdujo la lengua en la boca de Roxie sin miramientos a la vez que la estrechaba contra su cuerpo.

—¿Estás segura de que vas a poder manejar esto? —preguntó sin apenas apartar la boca.

—Quiero más… —murmuró Roxie contra sus labios.

Cuando Gabe se volvió para retirar la colcha de la cama, Roxie lo rodeó por la cintura con los brazos y le desabrochó el pantalón vaquero. Luego tiró de estos y de los calzoncillos hacia abajo. Tomó el miembro de Gabe en su mano y este se volvió y la sujetó por las muñecas.

Tras hacerle tumbarse en la cama, se inclinó sobre ella y la besó en la boca, en el rostro, en el cuello, y luego de nuevo en la boca,

como si no soportara estar separado de ella mucho tiempo. Deslizó las manos por su cuerpo para acariciar todos sus puntos sensibles.

Cuando, jadeante, Roxie pensó que ya no iba a poder esperar más, Gabe se apartó de ella.

—No me dejes ahora… Ni se te ocurra parar…

—No soy lo suficientemente fuerte como para parar ahora —murmuró Gabe.

La pasión con que la miró hizo que Roxie se estremeciera.

Gabe sacó un preservativo del cajón de la mesilla de noche. Roxie se irguió en la cama para ver cómo se lo ponía. Sonrió y él le devolvió la sonrisa antes de sujetarla contra la cama con su peso.

—Ahora ya no hay marcha atrás —advirtió.

—Mejor —dijo Roxie, que no sentía ningún miedo.

Gabe la besó a la vez que le hacía separar las piernas. Con el corazón al galope, Roxie lo aferró por los hombros. Gabe deslizó una mano entre sus cuerpos, buscó con los dedos su sexo y empezó a acariciarlo con maestría sin dejar de besarla.

—No quiero llegar sin ti —jadeó Roxie, desesperada por que la tomara.

Gabe inclinó la cabeza para acariciar con la lengua uno de sus pezones.

—Puedes volver a llegar conmigo.

Roxie se arqueó hacia él, al borde del orgasmo.

—No… te quiero ahora… —rogó.

—Déjate llevar.

Roxie comenzó a estremecerse, perdida en la intensidad de las sensaciones que se adueñaron de ella. Cuando alcanzó el orgasmo, clavó las uñas en los hombros de Gabe, desesperada por sentirlo más cerca.

—Ahora vas a volver a llegar —dijo él con la voz ronca de satisfacción mientras los gemidos de Roxie amainaban.

Ella negó con la cabeza, convencida de que era imposible.

—Sí —murmuró Gabe—. Claro que sí…

Roxie alzó las caderas hacia él, buscando de nuevo su contacto. Gabe volvió a deslizar la mano entre sus cuerpos, pero en aquella ocasión no la acarició con los dedos, sino que utilizó la cabeza de su erección, penetrándola un poco y volviendo a sacarla lentamente. Frenética, Roxie deslizó una mano hasta su trasero para atraerlo hacia sí a la vez que pasaba la otra por su cabeza para besarlo apasionadamente. Gimió, tan excitada por las caricias del sexo de Gabe que se sintió al borde de un nuevo orgasmo.

Gabe tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos

mientras la penetraba poco a poco.

Roxie cerró los ojos con fuerza ante la intensidad de las sensaciones que se estaban adueñando de ella.

De pronto, Gabe dejó de moverse.

Roxie abrió los ojos.

—¿Gabe? —preguntó, sorprendida por la dolida expresión que captó en su rostro.

—No es justo que algo que me produce tanto placer te esté haciendo daño —murmuró.

—No me hace daño —aseguró Roxie, anhelante—. Sigue… sigue… muévete como antes…

Gabe imprimió un creciente ritmo a sus movimientos de penetración.

—Así… así… es maravilloso…

Gabe deslizó las manos bajo el trasero de Roxie para ayudarla a adaptarse al ritmo de sus movimientos.

—Sabía que sería así… lo sabía… —murmuró ella, deseando que aquello no acabara nunca.

—¿Sabías que sería cómo?

—Perfecto.

Gabe apoyó una mano en la mejilla de Roxie y la besó profunda y apasionadamente. Cuando se apartó y la miró a los ojos ella le devolvió la mirada mientras sus alientos se fundían como lo estaban haciendo sus cuerpos.

Roxie no había imaginado que aquella experiencia pudiera ser tan intensa, que se sentiría tan unida a Gabe, no solo física, sino también emocionalmente. Lo besó en el hombro para romper aquel intenso contacto visual. Cuando volvió a mirarlo, vio que él también había cerrado los ojos. Sonrió al comprobar cuánto estaba disfrutando.

Gabe empezó a moverse más rápido.

—¿Estás bien? —murmuró.

—No pares… no pares… —Roxie deslizó las manos por su espalda, hasta aquellos momentos había estado haciendo exactamente lo que él le había pedido que no hiciera: limitarse a permaneces tumbada.

De manera que lo tocó y lo acarició, y abrió más las piernas para poder rodearlo por las caderas y atraerlo aún más hacia sí.

—Roxie… —murmuró Gabe con voz estrangulada a la vez que la tomaba por las muñecas y se las sujetaba contra la cama por encima de la cabeza.

—Pensaba que no querías que me limitara a permanecer

tumbada. ¿No quieres que te toque yo también?

—Claro que sí. Más tarde. Si sigues tocándome así no voy a aguantar más.

Gabe siguió moviéndose hasta que, finalmente, ella encontró la deliciosa liberación que tanto anhelaba su cuerpo.

Gabe temió no volver a respirar normalmente nunca más. Siempre se había preocupado de que sus parejas disfrutaran, y en aquella ocasión se había esforzado especialmente.

Pero debía enfrentarse a la incómoda verdad de lo sucedido. No solo había tenido relaciones sexuales con Roxie. También le había hecho el amor, algo tan novedoso para él como para ella. Mientras la tenía entre sus brazos habría hecho cualquier cosa por ella, lo que suponía una pérdida de la propia voluntad que nunca había experimentado hasta entonces. Era posible que Roxie hubiera perdido la virginidad, pero él también había perdido algo, algo que ahora poseía ella y que no sabía si lograría recuperar alguna vez, un trozo de su corazón de cuya existencia se había hecho consciente tras aquella experiencia.

—¿Te gusta dormir aquí? —preguntó Roxie perezosamente, estirándose a la vez que dejaba escapar un gemidito que hizo que la sangre le ardiera de nuevo en las venas a Gabe.

—Tiene muy buenas vistas —contestó él sin pensar.

Desde su ventana podía ver la del dormitorio de Roxie.

—¿Me has estado espiando? —preguntó ella con una risita.

—Te he visto en el jardín algunas veces, ya lo sabes.

Gabe carraspeó, esperando que Roxie no creyera que la había estado observando porque estuviera colado por ella, o algo así.

Roxie apoyó un codo en la cama para erguirse y mirarlo.

—Deja de preocuparte, Gabe. No voy a enamorarme de ti —dijo en tono burlón.

Gabe se quedó mirándola un momento, perplejo. ¿Desde cuándo era un libro abierto?

Roxie sonrió, divertida y feliz.

—Ya te dije anoche que no voy a pedirte nada más.

Gabe pensó que eso estaba bien… aunque lo cierto era que sí quería más. Más de lo mismo.

Roxie se inclinó hacia él.

—Por fantástica que haya sido esta experiencia, y por muy guapo que seas, ya sabes que no estoy interesada en una relación.

Gabe consiguió asentir mientras recordaba la de veces que él había dicho aquello mismo en el pasado.

—Solo ha sido una aventura de una noche —añadió Roxie.

—Claro —dijo Gabe a la vez que simulaba una sonrisa.

Sin embargo, la que le devolvió Roxie fue totalmente genuina.

—Estupendo. En cuanto acabe la temporada me voy de aquí. Voy a reservar el billete en cuanto pueda.

—¿En serio?

—Sí, así que haz el favor de no dejar el alquiler ahora. Necesito el dinero para pagarme el viaje.

—No lo dejaré.

—Estupendo —Roxie salió de la cama rápidamente—. Aprecio realmente el esfuerzo que has hecho. Gracias.

¿De manera que eso era todo? ¿Le había ayudado a perder la virginidad y ella le agradecía el esfuerzo? Algún día comprendería que la experiencia sexual que habían tenido había sido increíblemente intensa comparada con la media…

Gabe trató de controlar la dirección que estaban tomando sus pensamientos, porque pensar en Roxie en brazos de algún otro hombre no era lo que más le apetecía en aquellos momentos.

De pronto vio que Roxie bajaba la mirada hacia las sábanas y se ruborizaba.

—Siento lo de…

Gabe siguió la dirección de su mirada y cubrió rápidamente la mancha roja que había en la sábana.

—Olvídalo —dijo, pero era como si Roxie ya lo hubiera olvidado. Resultaba irónico que fuera él quien sintiera que había perdido la inocencia emocional. Pero no podía sentirse utilizado, porque Roxie había dejado muy claro desde un principio lo que quería, y era lo mismo que él quería. Sus deseos habían convergido y ahora todo había acabado.

Roxie se puso el vestido sin molestarse en ponerse antes las braguitas y el sujetador. Gabe trató de no excitarse viéndola, pero fracasó.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí, y tú tendrás que irte a trabajar luego, ¿no? Además, tengo cosas que hacer en el jardín.

¿Prefería trabajar en el jardín a pasar más tiempo en la cama con él? Aquello habría enfriado a cualquiera. Un minuto después de que Roxie hubiera salido de la habitación, Gabe se levantó. No podía pasarse el día observándola desde la ventana.

Condujo hasta la playa, donde se puso a correr con intención de

quitársela de su cabeza, aunque no lo logró. Lo único que deseaba era estar en la cama con ella. Entonces empezaron las dudas, las preocupaciones. De pronto se encontró caminando en lugar de corriendo. Quería asegurarse de que Roxie se encontraba bien. Tal vez había vuelto a la casa sintiéndose peor de lo que había aparentado. Tal vez su desenfadada despedida de la mañana no había sido más que una fachada, un intento de mostrarse sofisticada…

¡Diablos! Debía asegurarse de que se encontraba bien.

Capítulo Ocho

Roxie respiró profundamente y sonrió. No podía dejarse dominar por la triste después de haber obtenido justo lo que quería: la experiencia sexual más increíble. Y daba igual que ya se hubiera terminado. No pensaba colarse por Gabe, que le había dado todo lo que siempre había deseado: diversión, amabilidad y éxtasis. Después de aquello le resultaba fácil entender por qué algunas chicas se volvían locas por Gabe. Pero ella no iba a perder la cabeza.

Con una vez había sido suficiente. Lo cierto era que estaba agotada y apenas podía moverse.

Tras tomar una rápida ducha, se metió en la cama. La mezcla de agotamiento y satisfacción le hicieron sumirse en un profundo sueño, aunque lo último que pasó por su mente fue lo acontecido durante aquella increíble noche con Gabe.

—Roxie.

Roxie gimió y dio la vuelta en la cama. Estaba soñando con Gabe, con el modo en que había pronunciado su nombre una y otra vez cuando había alcanzado el orgasmo.

—¡Roxie!

Pero lo cierto era que nunca lo había oído gritar así en sus sueños.

—¡Abre la maldita puerta!

Roxie parpadeó, se apartó el pelo de la frente, se levantó y fue tambaleante hacia la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Gabe en cuanto la puerta se abrió—. Llevo rato llamando.

Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta ceñida, y era obvio que había estado corriendo. La mente de Roxie se llenó de imágenes en las que Gabe aparecía sin pantalones.

—Sí, claro —murmuró—. Estaba dormida. ¿Querías… algo? —preguntó, sintiendo que el aroma de Gabe, su altura, el ronco tono de su voz, estaban haciendo que su cuerpo reviviera. Tensó los músculos pélvicos para tratar de reprimir la sensación de estar derritiéndose.

—Estaba agotada. He pasado una noche bastante… agitada —dio un paso atrás al ver que Gabe se acercaba a la nevera, abría la

puerta y sacaba la botella marcada con la V.

—¿Por qué no has abierto la botella de champán para celebrar tu nueva condición de exvirgen?

—Iba a reservarla para la cena —lo cierto era que Roxie había olvidado por completo la botella—. Pero puede que la abra ahora —sentía la boca tan seca en aquellos momentos que no le pareció mala idea. Alargó la mano hacia la botella para que Gabe se la diera.

—Creo que aún no la mereces —dijo él, apartando la botella de su alcance.

—Como creo que ya sabes, ya no soy virgen.

—No estoy de acuerdo.

Roxie miró a Gabe con expresión de asombro.

—Dime que no lo he soñado.

—No —Gabe rio—. Pero sigues siendo virgen en muchos aspectos. Has probado un poco de sexo estilo misionero. ¿No crees que deberías probar las demás opciones?

—¿En qué otras opciones estabas pensando? —preguntó Roxie, fascinada.

—Intuyo que tienes una imaginación bastante fértil, Roxie. ¿Qué otras opciones se te ocurren a ti?

Roxie sintió que todo su cuerpo se acaloraba, pero no sabía si debía responder a aquello.

Gabe se inclinó hacia ella.

—No trates de hacerme creer que no has pensado en unas cuantas cosas.

De acuerdo, de manera que iba a ser más de una vez, pensó Roxie. Gabe tenía razón; aún le quedaban muchas cosas por experimentar. Y quería probarlas todas con él.

—Puede que lamentes tu oferta. Mientras tú hacías ejercicio yo dormía, y no sé si vas a tener la energía suficiente para mantener mi ritmo —dijo en tono remilgado.

—Creo que me las arreglaré —Gabe carraspeó—. De manera que quieres seguir investigando esto, ¿no?

—No hay ningún esto entre nosotros —replicó Roxie. No podía haberlo. Ella era libre.

—Me refería a tu naturaleza sensual. ¿No quieres explorarla un poco más? Aún no me has dicho si te han gustado más tus fantasías o la realidad.

—Todo esto es una especie de fantasía.

—De acuerdo —Gabe asintió—. Pero creo que hay un par de cosas para las que me necesitas en carne y hueso, ¿no?

Oh, sí, claro que lo necesitaba. Roxie dio un paso más hacia Gabe.

—Me voy cuando termine la temporada.

—Ya habremos acabado para entonces —Gabe también dio un paso hacia ella—. ¿Qué otras formas habías imaginado de hacerlo, Roxie? —preguntó con voz ronca—. ¿De pie, sentada, a cuatro patas, sobre la mesa, en la ducha…?

—Tú por detrás y yo vestida de chica vaquera, con botas… y sin pantalones.

Gabe carraspeó de nuevo.

—Por supuesto, eso también.

—¿Escribimos una lista? —preguntó Roxie, que ya tenía un montón de ideas en la cabeza.

—Por supuesto, mientras yo pueda añadir mis propias ideas. Sujeta esto —Gabe entregó la botella a Roxie y luego la tomó a ella en brazos para llevársela—. Y tiene que haber margen para la creatividad —añadió mientras salía.

A veces, la espontaneidad implicaba una ducha de champán.

Cuando Gabe despertó a la mañana siguiente, solo, vio una nota en la mesilla. Mientras leía la lista escrita en la nota, rio, y también se ruborizó. Al parecer, Roxie tenía una imaginación realmente fecunda, o un manual de tantrismo guardado en algún sitio. Él estaba totalmente dispuesto a empezar con la lista.

El único problema fue soportar el lento paso del tiempo de aquella jornada de trabajo en el estadio.

Cuando volvió a casa encontró a Roxie en el jardín. Pensó que al menos debía contenerse durante cinco minutos, aunque solo fuera para demostrarse que podía. Simuló fijarse en la variedad de verduras que crecían en el huerto, y tuvo que esforzarse para no perder el control cuando Roxie le acarició el pecho a modo de saludo.

—Hay suficiente verdura para alimentar a todo el equipo.

Roxie sonrió y se encogió de hombros.

—No creo que haya tantas.

Gabe parecía haber centrado toda su atención en el tomate más cercano. Se inclinó para comprobar si estaba maduro.

—Diana… —dijo Roxie con suavidad.

—¿Qué te han contado?

—Lo primero que hicieron las demás bailarinas fue advertirme sobre ti.

Gabe se volvió a mirarla.

—Pero has ignorado la advertencia.

Roxie se encogió de hombros.

—Supongo que no soy tan vulnerable como debía serlo Diana.

Aparentemente incómodo, Gabe se volvió de nuevo y empezó a recolectar tomates cherry maduros.

—No era precisamente saludable, no. Pero yo no sabía eso cuando empezamos a salir.

—¿Y qué pasó? —Roxie se acercó a él y extendió las manos para que fuera dándole los tomates.

Gabe suspiró.

—De acuerdo. Empezamos a salir normalmente, fase que para mí suele durar poco, pero di por zanjada la relación incluso antes de lo habitual. Pero a Diana se le había metido en la cabeza que estábamos hechos el uno para el otro, o algo así. Las cosas se fueron complicando y se fue poniendo más y más histérica. Se presentaba en mi casa en cualquier momento y en acontecimientos oficiales a los que tenía que asistir. Tuve que viajar con el equipo y cuando volví la encontré instalada en mi apartamento. Se había llevado todas sus cosas, y se estaba comportando como… No sé. Las cosas se pusieron directamente peligrosas. Me amenazó con todo tipo de cosas. Llamé a un amigos psiquiatra y me puse en contacto con su familia, pero las cosas se pusieron muy feas. Después de eso decidí dejar de ligar una temporada.

Roxie fue a dejar los tomates en la mesa del jardín, alegrándose de que Gabe hubiera sido tan sincero con ella.

—Supongo que sabrás que yo no te voy a hacer lo mismo, ¿no?

—Sí, lo sé.

Gabe apartó la mirada y se produjo un incómodo silencio.

—¿Y qué piensa tu familia de tu carrera? —preguntó Roxie finalmente—. Supongo que no les decepcionará que te hayas hecho médico.

—Mi padre no quería que hiciera medicina. A fin de cuentas, estás mirando a Andrew G. Hollingworth sexto, el primero en traicionar a su familia y abandonar la granja; mi familia es granjera.

—¿Y las cosas fueron mal? —preguntó—. ¿Te desheredaron?

—Durante una temporada. Pero yo no pensaba echarme atrás. No estaba dispuesto a aceptar que mi vida fuera dictada por las expectativas que otros tuvieran sobre mí.

De manera que la libertad también era importante para él. Roxie fue a aclararse las manos en el grifo que había al fondo del garaje.

—¿Y cómo te libraste? —preguntó cuando Gabe se acercó para

hacer lo mismo.

—Hui a la ciudad. No fue la mejor idea pero no tenía otra opción. No es fácil ir contra los deseos de tu familia cuando te han estado metiendo en la cabeza desde pequeño que algún día todo será tuyo y bla, bla bla.

—¿Fueron a por ti?

Gabe negó con la cabeza.

—Tenía diecisiete años y estuvimos sin comunicarnos durante un año. No fue tan malo —Gabe sonrió al ver la expresión preocupada de Roxie—. Tenía amigos. Estudié, jugué al rugby. También me mantuve en contacto con mi hermana, que estaba en un internado. Lo cierto es que lo que más echaba de menos eran los corderos que criaba, y a mi perro.

—¿Tenías corderos?

—Me quedaba con los huérfanos de cada temporada —explicó Gabe tras beber un poco de agua antes de cerrar el grifo.

Roxie no quiso preguntar si se los comían en navidad.

—No, no me los comía —dijo Gabe, como si acabara de leer su mente—. El caso es que mamá empezó a enfadarse más y más con papa y al final tuvieron una gran bronca.

—Hurra por tu mamá.

—Consiguió que nos viéramos. Le dije a mi padre lo que pensaba hacer con mi vida y que si quería formar parte de ello tenía que aceptarlo.

—¿Y lo hizo?

—Con el tiempo.

—¿Y tu hermana? ¿También tenía tu padre organizado su futuro?

—Lo irónico del asunto es que a ella le encanta ser granjera. Pero es una chica.

—¿Y las chicas no pueden ser granjeras? —preguntó Roxie de inmediato con el ceño fruncido.

—Nunca. No existen las granjeras —bromeó Gabe—. El caso es que mi padre tenía delante de las narices una heredera dispuesta a ocuparse de la granja y no la veía. Animé a mi hermana a hacer lo que quería y le dije que la apoyaría.

Roxie sintió un poco de lástima por la madre de Gabe. Debió ser duro tener dos hijos que sintieron la necesidad de escapar de casa.

—Mi hermana hizo un grado en agricultura y sacó las mejores notas de su promoción. Deberías haber visto lo orgulloso que se sintió mi padre cuando se graduó. Ahora trabajan juntos en las granjas, todo el mundo es feliz y el gran conflicto familiar quedó en

el pasado.

Roxie captó un matiz ligeramente irónico en el tono de Gabe e intuyó que aún le quedaban cicatrices de lo sucedido.

—¿Y mereció la pena?

—Claro. Ahora nadie me dice lo que tengo que hacer —replicó Gabe con firmeza—. Y supongo que ese es el motivo por el que me gusta trabajar con el equipo y ayudar a los jóvenes jugadores a alcanzar sus metas. Todo el mundo debería ser libre para seguir sus propios sueños —miró a Roxie con expresión repentinamente avergonzada—. Eso ha sonado muy cursi, ¿no?

—No, claro que no. Seguro que a tu hermana le encantó contar con tu apoyo.

Gabe rio.

—En realidad fui totalmente egoísta. Solo quería seguir en la facultad de medicina y vivir la vida en la ciudad. Me interesaba que mi hermana y mi padre resolvieran sus diferencias. Ahora están encantados con mi trabajo porque les consigo buenas entradas para los partidos.

—Supongo que podrían permitirse comprar las entradas si quisieran, ¿no?

Gabe se puso repentinamente serio.

—Sí. Hay mucho dinero. Y yo vuelvo a estar en el testamento; soy accionista del negocio. El clan Hollingworth ha aterrizado finalmente en el siglo XXI. Ese es el motivo por el que lo tengo fácil con las mujeres; conocen el valor de mi apellido.

Roxie se quedó momentáneamente paralizada y luego rompió a reír.

—No eso por lo que tienes éxito, Gabe —dijo, divertida.

Pero Gabe no le devolvió la sonrisa. Estaba observándola con el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera pensando en algo que le resultara incómodo. Cuando bajó la mirada hacia los labios de Roxie, ella supo exactamente en qué estaba pensando. Pero, en lugar de acercarse a ella, se dio la vuelta. Decepcionada, Roxie vio cómo se encaminaba hacia la casa. ¿Acaso no iban a poner en práctica aquella noche algo de su lista? Llevaba todo el día esperando a que llegara aquel momento… ¿Lo habría ofendido de algún modo? ¿Cómo podía recuperarlo?

—¿Quieres saber cuál es uno de los planes favoritos de mi lista? —preguntó, repentinamente inspirada.

Gabe giró en redondo.

—Espera un momento —Roxie subió corriendo a su apartamento, temiendo que Gabe la dejara plantada, ardiendo, y

sola.

Pero Gabe la siguió escaleras arriba.

—Déjame adivinar. ¿Vas a por una botella de champán?

—No. Esto —Roxie se volvió y le mostró la botella que sostenía en las manos.

Era una botella de sirope.

Gabe sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¿Qué tienes planeado?

—Lo sabes muy bien —replicó Roxie con su sonrisa más audaz.

Gabe experimentó una sensación de anticipación que alejó la absurdamente desagradable sensación que le había producido que Roxie dijera que no se preocupara, que ella no se iba a volver loca por él. No entendía su propia reacción, pero, ¿por qué luchar contra la seductora visión que tenía ante sí? Ya no tenía por qué luchar, pues ambos querían lo mismo: retozar y divertirse juntos unas semanas…

Roxie terminó de abrir la botella de sirope. La diversión de su mirada socavó la inocencia de su sonrisa.

—Creía que te gustaba la espontaneidad.

—Y me gusta —murmuró Gabe, sin aliento.

Unos minutos después estaba tumbado de espaldas en el suelo, temiendo sufrir un infarto.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó, jadeante.

—En una revista para mujeres —Roxie se irguió. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios brillantes por el sirope que había lamido del animado miembro de Gabe.

—Larga vida a las revistas femeninas —murmuró Gabe fervientemente. De pronto surgió una duda en su cabeza—. ¿Ha sido esta tu primera vez?

—Mmm, hmm —Roxie sonó realmente satisfecha de sí misma.

Gabe se irguió, totalmente concentrado en ella. ¿Nunca le había hecho aquello a un hombre y ya lo hacía así de bien?

Aprovechó que Roxie se estaba pasando la lengua por los labios para tomarla por sorpresa y tumbarse sobre ella de manera que no pudiera escapar. Era casi enfermizo lo que le gustaba tenerla debajo. Le quitó los pantalones cortos y luego deslizó el rostro entre sus muslos. Le sujetó las muñecas contra el cuerpo y contempló sus grandes ojos azules entre sus pechos.

—¿Y qué me dices de la situación contraria? —murmuró contra la parte interior de uno de sus muslos—. ¿Te ha hecho esto alguien alguna vez?

Roxie tardó un segundo en negar con la cabeza.

Gabe sintió que todo su cuerpo ardía.

—Creía que habías dicho que tu virginidad era un mero tecnicismo, que no eras una completa novata. Pero ni siquiera has experimentado el sexo oral y, a fin de cuentas, eso era lo que hacían montones de adolescentes técnicamente vírgenes. Así era como se libraban de llegar hasta el final.

Roxie se ruborizó aún más y negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y por qué conmigo sí?

—Porque sabes lo que estás haciendo… y porque creo que eres muy agradable —añadió Roxie en un susurro—. Me siento muy atraída por ti, confío en que harás lo que necesito que hagas. Todo lo que necesito que hagas.

—¿Por qué te fías de mí?

—Porque ya lo has hecho.

¿Ya había hecho todo lo que necesitaba? De pronto, Gabe pensó que no era suficiente.

—Háblame de tu novio. ¿De verdad existió?

—Sí. Salimos unos meses.

—¿Unos meses? —repitió Gabe, asombrado—. ¿Tu novio había hecho voto de celibato, o algo así?

—No —Roxie liberó una de sus muñecas y simuló abofetear a Gabe—. Simplemente no surgió la oportunidad.

—Seguro que podrías haber encontrado esa oportunidad.

—No quise encontrarla.

Aquella era la respuesta que Gabe estaba buscando. Le satisfacía enormemente saber que ponía caliente a Roxie como ningún otro hombre lo había hecho hasta entonces. Pero quería que disfrutara de algunas de sus otras habilidades. Sí, su exvirgen no accidental estaba a punto de obtener algo más de lo que había esperado.

Capítulo Nueve

Roxie utilizó su diminuta ducha como excusa para mandarlo a paseo. Sentía que necesitaba respirar un poco. No se había acostado con Jake porque este no la había excitado lo suficiente como para tenerla en el suelo bajo su cuerpo, jadeando, retorciéndose de placer… como acababa de hacer Gabe. No podía creer que le hubiera permitido hacerle todo lo que le había hecho, ni que le hubiera gustado tanto que ya empezaba a excitarse de nuevo…

Mientras se vestía se dio cuenta de que tenía hambre. Cuando bajó a por algunas verduras para su comida, encontró a Gabe en la terraza, cortando un trozo del enorme bistec que tenía ante sí.

—¿Por qué no te quedas aquí a comer? —preguntó Gabe en tono desenfadado—. Apenas debes caber en tu apartamento con todo lo que tienes amontonado. Prometo que no te morderé.

Roxie no contestó de inmediato. Resultaba intrigante comprobar lo cómoda que se sentía cuando tenían relaciones sexuales y lo incómoda que parecía ante la perspectiva de pasar con él un rato normal. ¿Sería tímida en el fondo? Dado el atrevimiento con que había llevado el asunto de su virginidad, no resultaba muy lógico pensar aquello, pero, teniendo en cuenta otros detalles de su comportamiento, la idea resultaba bastante lógica.

—Yo ya casi he terminado —añadió para tratar de facilitarle las cosas.

Tres minutos después Roxie estaba sentada a la mesa, con el plato lleno de comida. No era de extrañar que estuviera tan delgada. Gabe mantuvo el tono de conversación ligero hasta que Roxie empezó a animarse y a responder. Él contó algunas anécdotas de su trabajo y ella sazonó la conversación con algunas de las suyas. Resultó que trabajaba unas horas a diario en la tienda de regalos de la esquina, tienda a la que no entraban casi nunca jóvenes de su generación. Gabe no entendía por qué trabajaba La conversación siguió en un tono lo suficientemente interesante como para retenerla allí hasta que oscureciera y el dormitorio les hiciera señas.

Roxie se estiró en la cama de su viejo dormitorio. Era hora de volver a la realidad de su actual camastro, pero Gabe la tenía

rodeada con su poderoso brazo y se sentía demasiado a gusto como para moverse.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para viajar? —preguntó Gabe perezosamente.

—Tenía que dejar preparado este sitio —las reparaciones necesarias después del terremoto habían sido caras y le había llevado tiempo ahorrar el dinero necesario para pagarlas.

—¿Y nunca has tenido tiempo de podar el seto?

Roxie rio con suavidad.

—No. Al principio lo dejé porque estaba demasiado ocupada. Luego noté que mantenía a la gente alejada y me gustó la idea de preservar mi intimidad.

—¿Y qué piensas hacer cuando se te acabe el champán? ¿Tienes una nueva lista de proyectos o piensas viajar indefinidamente?

—Hay una nueva lista. Tendré que comprar el champán allí donde esté.

—¿Y qué es lo primero en tu lista?

—Vas a pensar que es una tontería.

—No, claro que no.

—Quiero ir al ballet en Londres.

—¿El ballet? ¿Eso es el número uno de tu lista? —preguntó Gabe en tono ligeramente escéptico

—Empecé a bailar a los tres años y estudié trece años seguidos —protestó Roxie—. Siempre he soñado con ir allí.

—Si te gustaba tanto, ¿por qué lo dejaste? ¿No podías permitirte las clases?

—Mi profesora me ofreció clases gratis, pero el problema era el tiempo. Tenía otras cosas que hacer —contestó Roxie. Su abuela acababa de enfermar y su abuelo necesitaba ayuda para cuidarla.

—De manera que quieres ir al ballet en Londres —dijo Gabe con una evidente falta de entusiasmo.

—Sí. Quiero ver al Royal Ballet en Covent Garden. Me gustaría asistir a la representación de algún clásico. No es lo tuyo, ¿no? —añadió Roxie con ironía.

—¿Todos esos tíos dando saltitos en leotardos y sin decir nada? No —bromeó Gabe.

Roxie le dio un suave rodillazo en el muslo.

—Sabía que ibas a decir algo de los leotardos. ¿Por qué os sentís los tíos tan amenazados por ellos?

—No son solo los hombres. Las bailarinas también suelen ser huesudas, sin formas, sin apenas pechos… No son precisamente sexys.

Roxie se irguió en la cama, indignada.

—¿No te gustan las bailarinas?

Gabe sonrió de oreja a oreja y alzó una mano para volver a atraer a Roxie contra su costado.

—Creo que ya sabes lo que siento por tu cuerpo.

Roxie decidió que aquella respuesta no era suficiente y se resistió.

—No solo me parece fantástico —añadió Gabe mientras daba marcha atrás sin ningún pudor—. Es tu forma de moverlo. Se nota que sabes lo que estás haciendo y a la vez da la sensación de que es algo inconsciente. Tienes una gracia natural que no había conocido hasta ahora.

—Vas a tener que seguir con los cumplidos porque aún me siento insegura en el departamento de la falta de pechos.

Gabe rio.

—Tu estás muy bien surtida en ese departamento.

—Con mi sujetador para realzarlos.

—Como ya sabes, me gustas mucho más sin sujetador —Gabe deslizó una mano hacia arriba por el estómago de Roxie para demostrarlo—. De hecho, creo que estarías genial en alguna revista; ya sabes, con esas borlas en los pezones… —añadió a la vez que le hacía tumbarse y se situaba sobre ella.

—Siento decepcionarte —murmuró Roxie mientras le dejaba hacer—, pero no creo que lo mío sea la revista.

Gabe siguió acariciándola íntimamente.

—Si ya es demasiado tarde para el ballet clásico, podrías dedicarte a enseñar, o tener tu propia tienda de productos para el ballet. Te gusta la venta al público, ¿no?

—Me encantaba ir a las tiendas de baile a mirar los… trajes —murmuró Roxie a la vez que separa las piernas para facilitarle el acceso—. Siento debilidad por las lentejuelas y las mallas…

—Pues yo creo que deberías probar las borlas.

Gabe echó las caderas atrás al instante para penetrarla con firmeza.

Roxie no supo cuánto tiempo había pasado cuando volvió a encontrarse con la cabeza apoyada en el hombro de Gabe. Lo único que sabía era que se sentía increíblemente relajada y agotada. Sabía que debía volver a su habitación, pero estaba tan cansada… y tan calentita. Nunca la habían abrazado de aquella manera en la cama, de manera que le iba a llevar un rato encontrar la energía necesaria para levantarse.

—¿Echas de menos a tus abuelos? —preguntó Gabe.

La pregunta fue tan inesperada que Roxie contestó sin pararse a pensar.

—Todos los días.

—¿Y nunca has tratado de localizar a tu padre?

Roxie estaba a punto de quedarse dormida, pero sabía que tenía que contestar.

—Nunca he tenido suficiente información para seguir adelante —murmuró—. No hay nadie a quien preguntar. Mi madre se fue al Reino Unido al día siguiente de darme a luz y nunca volvió. Les pregunté un par de veces a mis abuelos por qué, pero no quería hacerles sufrir. A fin de cuentas, ellos se habían convertido en mis verdaderos padres. Tuvieron a mi madre cuando ya eran mayores, y fue una hija muy obstinada y testaruda. Yo no podía hacerles lo mismo. Pero ahora ya no están y puedo hacer lo que desee —no tenía que responder ante nadie excepto ante sí misma. Aunque no lamentaba cómo había sido su vida hasta entonces, había llegado su momento. Eso era lo que había heredado de su madre: la necesidad de no sentirse atada—. No dejo de preguntarme por qué no quiso aceptarme, por qué me abandonó y se fue al extranjero. Debió sucederle algo que hacía que le doliera incluso mirarme….

Acababa de expresar todo aquello en alto, y hasta entonces nunca se lo había dicho a nadie. Abrió los ojos de par en par mientras sentía que su corazón se endurecía por momentos. Estaba cometiendo una tontería. No podía permitir que los deliciosos y felices momentos posteriores al orgasmo le hicieran creer que había algo de auténtica intimidad entre Gabe y ella.

Ya hacía rato que debería haber vuelto a su dormitorio. Pero tenía que irse sin aspavientos, como si no acabara de confesar algunos de sus pensamientos más íntimos.

Besó a Gabe en el hombro y salió de la cama cuando él aflojó su abrazo. Luego trató de pensar en algo impersonal que decir. Al contemplar por la ventana la oscuridad reinante en el jardín, dio con ello.

—¿Te importa si utilizo tu cocina para preparar algo con el exceso de tomates que hemos recolectado? —preguntó mientras tanteaba en el suelo en busca de su ropa. Lo último que quería era que Gabe pensara que estaba tratando de invadir su espacio—. Lo haré mientras estés trabajando.

—Claro que no me importa —a Gabe no le gustó que sintiera que tenía que preguntárselo. Por unos instantes había creído estar penetrando su reserva, que era incluso más densa que el seto de la casa. Era evidente que estaba escapando.

—Es solo porque mi cocina no es lo suficientemente grande —añadió Roxie.

—No tienes cocina —replicó Gabe sin poder contenerse. Tan solo tenía un fogón de cámping, un microondas y una mini nevera llena de botellas de champán.

Roxie se limitó a sonreír antes de salir.

Gabe trató de no dejarse llevar por la decepción. Deseó que se hubiera quedado con él.

Unos días después, cuando volvió del estadio por la tarde, encontró las ventanas de la casa abiertas y música de baile vibrando.

Los Knights habían jugado otro partido en casa. Roxie había bailado y él había cumplido con su papel de médico. Después no asistieron a las celebraciones. Volvieron a casa y lo celebraron por su cuenta. Desde entonces, cada noche habían comido sus respectivas cenas en la terraza. Gabe había tratado de utilizar tópicos de conversación no conflictivos, e incluso había logrado convencerla para que viera películas con él. La primera noche había cedido al deseo de Roxie de ver películas de ballet, pero luego fueron alternándolas con otras de intriga. Gabe estaba satisfecho de cómo iban las cosas, porque no le gustaba pensar en Roxie a solas en su diminuto estudio. A fin de cuentas, no había motivo para que no pudieran pasar un rato juntos.

Roxie estaba en la cocina, con más aspecto de Roxanna que de Roxie, con el pelo sujeto en un moño, sin maquillaje y vestida con un delantal. Pero cuando vio a Gabe el azul de sus ojos pareció intensificarse.

Gabe se acercó al fogón. Olía bien.

—Déjame probar.

Roxie tomó una cuchara de madera y la introdujo en el recipiente en que estaba cocinando.

—Mmm —parecía imposible, pero sabía aún mejor de lo que olía.

—No tiene sal, ni huevo, ni leche, ni aceite, ni gluten, ni carne…

—Ni diversión —interrumpió Gabe.

—Antes de saber todo eso te gustaba —protestó Roxie.

—Eso es cierto.

—Y todo es orgánico.

—Estoy realmente impresionado.

Roxie miró a Gabe con los ojos entrecerrados.

—En serio —dijo él, y rio—. Es asombroso.

Roxie asintió, satisfecha.

—Hago una salsa genial.

Gabe sonrió.

—¿Cómo has llegado a saber todo eso?

—Investigué mucho sobre la relación de la alimentación y el cáncer. Los tomates son muy buenos.

—¿Tu abuelo estuvo enfermo?

Gabe contuvo el aliento mientras esperaba a que Roxie respondiera. Era la primera pregunta personal que le hacía desde la noche en que ella le había murmurado algunos de sus secretos.

Roxie asintió brevemente y siguió ocupándose de la comida con especial esmero. Gabe trató de no fruncir el ceño y se acercó a ella por detrás.

—¿Qué quieres?—preguntó Roxie.

—El pago por dejarte usar mi cocina —contestó Gabe en el tono más libidinoso que pudo.

—¿Qué clase de pago? —preguntó Roxie con una traviesa sonrisa.

Era tan fácil excitarla… Pero no lo era tanto conseguir que se abriera.

—Tres botellas de salsa. Y…

Después de comer, Gabe dejó un libro en la mesa delante de Roxie.

—¿Has visto algunas vez esto?

Roxie leyó el título y frunció el ceño.

—Es el código de circulación —continuó Gabe—. Necesitas estudiarlo porque mañana vas a hacer el examen teórico.

—No pienso hacerlo.

—Claro que sí, o de lo contrario…

—De lo contrario, ¿qué? —dijo Roxie.

—No seguiremos adelante con los demás puntos de tu lista — replicó Gabe.

Roxie frunció el ceño.

—Te estás tirando un farol.

Gabe se apoyó contra el respaldo de su silla y palmeó su regazo, como sugiriendo que Roxie se sentara a horcajadas en él.

—Pruébame.

Roxie no pudo evitar ruborizarse.

—No me hace falta. Sé cómo divertirme sola.

—Creo que averiguarás que el placer solitario no es tan dulce como el compartido.

Roxie tomó el libro y lo abrió por una página al azar. En realidad, lo único que quería era enterrar su ardiente rostro en él. Gabe tenía razón.

—Si quieres, puedes hacer las prácticas con mi coche —continuó él—. Así estarás cubierta por mi seguro.

—Gracias, pero no.

—¿Te asusta conducir un vehículo que de verdad corre?

—Creo que ya sabes que no me asusta la velocidad —Roxie le dedicó una sensual mirada por encima del aburrido libro del código de circulación.

—Para ti todo acaba siendo sexo.

—¿Y vas a quejarte? —preguntó Roxie en tono burlón—. Somos sexo, Gabe. Formamos un buen equipo —dijo, pero no estaba siendo totalmente sincera, ni siquiera consigo misma. Se levantó rápidamente de la mesa—. Tengo una película de baile increíble para esta noche.

—No puedo esperar a verla —comentó Gabe en tono irónico.

En aquel momento recibió un aviso de mensaje entrante en su móvil. Tras leerlo masculló una maldición.

—¿Qué sucede? —preguntó Roxie.

—Al parecer uno de los chicos se ha metido en un lío. Ha estado engañando a su mujer, la prensa se ha enterado y mañana va a aparecer la noticia en todas las portadas —Gabe movió la cabeza—. Ese es el motivo por el que no deberían casarse. El compromiso no encaja con este estilo de vida.

Roxie rio.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. Los jugadores están sometidos a una gran presión. Están fuera muy a menudo, y son todo adrenalina; de alguna manera tienen que liberarse. Las relaciones a distancia no funcionan, y en este negocio hay aún más factores para que los matrimonios fracasen.

Roxie lo miró, asombrada.

—No estamos hablando de gente que se pasa meses fuera, ni siquiera semanas. Estamos hablando de días.

—No entiendes las tentaciones a que se enfrentan.

—Oh, vamos. La tentación pasa a tu lado por la calle a diario. Los hombres que ceden a la tentación en viajes tan cortos lo harían

igualmente aunque no estuvieran de viaje —dijo Roxie con firmeza —. El problema no es el estilo de vida, sino los hombres que no saben tener la bragueta subida. No quieres renunciar a tu libertad por si aparece algo mejor. Eso está bien, pero no trates de utilizar tu trabajo como excusa. Si quisieras renunciar a tu libertad lo harías, pero no quieres.

Aquello era cierto. Gabe se quedó momentáneamente anonadado ante la claridad del pensamiento de Roxie. Era cierto que le gustaban y atraían las aventuras breves, y si era cuando estaban de viaje, mejor.

—Tienes razón. Me costó mucho conquistar mi libertad y no pienso renunciar a ella por nadie.

Roxie asintió con expresión comprensiva.

—Sé exactamente cómo te sientes. No lamento nada de lo que he hecho estos últimos años, pero ahora quiero recuperar mi tiempo, mi libertad. No quiero que nada ni nadie me retenga — concluyó con una traviesa sonrisa.

A pesar de que parecían estar de acuerdo, Gabe no las tenía todas consigo.

—Entonces, ¿hablas en serio respecto a lo de no casarte ni tener hijos?

—Creo que he salido a mi madre —dijo Roxie mientras se arrellanaba en el sofá—. No me quiso tener a su lado a pesar de que decidió seguir adelante con su embarazo. Yo no pienso hacerle eso a nadie.

—¿Tampoco quieres una relación permanente?

—Prefiero tener sucesivos amigos de juego.

Roxie estaba citando la propia filosofía de Gabe, pero a este no le gustó cómo sonó saliendo de su boca. No le gustaba la idea de que renunciara por completo a la posibilidad de estar con alguien. Merecía que la adoraran, que la cuidaran como un tesoro.

Pero no debía seguir aquella línea de pensamientos. Pulsó el botón de pausa para seguir viendo la película, pero le resultó imposible concentrarse en los movimientos de los bailarines. ¿Se habría contenido en todas sus relaciones anteriores solo por si surgía algo mejor? No lo creía, pero incluso después del desastre con Diana había pensado que lo único que tenía que hacer era ligar con la mujer adecuada. Pero Roxie no era la mujer adecuada. De hecho, empezaba a preguntarse si existiría aquella clase de mujer.

Pero no le gustaba nada que Roxie quisiera seguir sus pasos en lo referente a las relaciones.

No le gustaba nada.

Capítulo Diez

Roxie conducía de regreso a casa cuando vio a Gabe corriendo por el parque. Este le hizo una seña para que parara. Cuando vio el cartel de prácticas que llevaba en la ventanilla trasera, alzó una ceja.

—No solo me he examinado del teórico —explicó Roxie, orgullosa—. También he pasado el práctico.

—Era de esperar —dijo Gabe mientras entraba en el coche—. A fin de cuentas, ya llevas tiempo suficiente circulando por las calles.

Roxie dejó escapar una risita mientras recorría el último tramo.

Pero la sonrisa se esfumó de sus labios cuando, al salir del coche en el garaje, sus pies se hundieron en un charco de varios centímetros de altura. El agua se estaba escapando de algún grifo.

—Puede que hayamos dejado abierta alguna manguera —dijo Gabe a la vez que desaparecía rápidamente por la puerta lateral del garaje.

Volvió un instante después, pero el agua seguía corriendo.

—Probablemente se haya roto una tubería. Voy a llamar a un fontanero —dijo a la vez que sacaba el móvil del bolsillo.

Roxie supuso que aquello iba a costar un dinero que no tenía. Empezó a trasladar las cajas al jardín. Las que se encontraban a ras del suelo debían estar empapadas.

—Deberías trasladarte a la casa mientras esto se seca —dijo Gabe mientras esperaba a que atendieran su llamada.

Roxie negó con la cabeza. No pensaba trasladarse a vivir con Gabe. Sus instintos le habían estado diciendo que pasaba demasiado tiempo con él.

—Arriba no habrá humedad, y tampoco creo que esto tarde mucho en secarse —dijo, con la esperanza de que la factura del fontanero no fuera excesiva.

Gabe frunció el ceño al ver que levantaba una pesada caja.

—No hagas eso. Ya lo… —se interrumpió cuando alguien atendió finalmente su llamada.

Roxie siguió trasladando las cajas mientras Gabe daba instrucciones al fontanero. Pero cuando le llegó el turno a la que estaba más abajo y la levantó, la parte baja, totalmente empapada, cedió, y el contenido de la caja se desparramó por el suelo.

La expresión del rostro de Gabe pasó del asombro al endurecimiento mientras contemplaba el contenido de la caja.

—No soy una yonqui —dijo de inmediato, a la defensiva.

—Eso ya lo sé —replicó Gabe con aspereza. Dado el número de jeringuillas, botellas de morfina y medicamentos para el dolor que había dispersos por el suelo—. Supongo que eran de tu abuelo.

Roxie se acuclilló para empezar a recogerlo todo.

—Pretendía llevar todo esto a la farmacia, pero lo guardé en una caja y me había olvidado por completo de ella.

—Yo puedo ocuparme de llevarlo —dijo Gabe mientras se agachaba y recogía las jeringuillas.

—Mi abuelo era diabético —explicó Roxie—. Se inyectaba dos veces al día, y también tomaba analgésicos.

—¿Por qué tuviste que ocuparte tú sola de todo? ¿No pudieron enviarte una enfermera de distrito?

—Por lo visto estaban todas ocupadas, y tuve que arreglármelas por mi cuenta. El abuelo no quería morir en el hospital, de manera que al final me quedé sola con él. Le di los analgésicos que había prescrito el médico y sostuve su mano mientras se iba. Finalmente llamé a una ambulancia, porque ya no podía soportarlo más —Roxie hizo una pausa para tratar de contener sus emociones—. Para cuando llegó, mi abuelo ya había muerto.

—La mayoría de la gente no se enfrenta a algo así sola —replicó Gabe con aspereza.

Roxie se encogió de hombros y lamentó haberle contado aquello.

—En aquellos momentos había muchos problemas y los médicos no daban abasto.

Gabe asintió pero no dijo nada más. A Roxie le sorprendió su palidez. Sin decir nada, Gabe buscó una bolsa de plástico en la que arrojar todo el contenido.

—Voy a subir algunas de las cajas arriba —dijo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Gabe.

—No. Estoy bien.

Gabe no la creyó.

—No me importa echarte una mano.

—Ya has hecho bastante llamando al fontanero.

El tono de Roxie no sonó precisamente agradecido. Gabe apretó los dientes, cada vez más cabreado.

—No me llevaría más de unos minutos.

—Puedo arreglármelas sola —replicó Roxie mientras empezaba a subir las escaleras.

—Puedo ayudar —protestó Gabe, molesto por la testarudez de Roxie. Era cierto que había sido capaz de ocuparse de dos enfermos terminales a solas, ¿pero por qué no podía aceptar un poco de ayuda para subir las cajas? ¿Por qué no podía sonreírle y decirle que sí?

Roxie lo miró por encima del hombro.

—No necesito que lo hagas.

Irritado, Gabe arrojó la bolsa con las medicinas a un rincón. No entendía a qué venía la actitud de Roxie

.

Una hora después subió y llamó a la puerta de Roxie, que abrió en seguida. Vestía una chándal realmente horroroso que disimulaba todas las curvas de su cuerpo. Gabe sintió deseos de quitárselo, pero tuvo que recordarse que no había subido para aquello.

—Supongo que no habrás preparado la comida, así que yo he preparado la suficiente para los dos —Gabe se negaba a sentirse ofendido si Roxie rechazaba su oferta.

—¿En serio? —preguntó Roxie, sorprendida.

—Si quieres ir a por ella, está en la terraza.

Roxie dudó.

—Está refrescando y me he tomado muchas molestias —dijo Gabe a la vez que le dedicaba una pícara mirada. Quería verle sonreír.

Y Roxie sonrió, aunque con evidente escepticismo, como si no creyera que alguna vez se tomara molestias.

—De acuerdo. Dame un segundo —dijo antes de volver a entrar y cerrar la puerta. Si Gabe había sido capaz de superar su enfado, ella también podía hacerlo. Tomó la botella que tenía reservada para el día que se sacara el carné de conducir y salió de su cuarto.

—Guau —dijo al ver la mesa del porche perfectamente preparada—. No estoy segura de que este champán esté a la altura.

—No te emociones demasiado —dijo Gabe mientras apartaba una silla de la mesa para ella—. Son solo hamburguesas y patatas fritas.

—Pero no las típicas hamburguesas —Roxie se sentó a la vez que aspiraba el aroma procedente de su plato—. ¿Has cocinado tú todo esto?

—Soy un soltero que vive solo. ¿Creías que no podía cocinar? He utilizado restos.

Roxie observó atentamente su plato.

—Pero si son…

—Hamburguesas vegetarianas. No está mal para un chico criado entre ganado, ¿no? —Gabe abrió el champán, lo sirvió en dos vasos y frunció el ceño al ver que la botella había quedado vacía.

El corazón de Roxie estaba latiendo con demasiada fuerza. No recordaba cuándo le había preparado alguien algo de comida, alguien que se hubiera molestado en tener en cuenta lo que prefería comer o no comer.

Roxie dejó caer el cuchillo para tener una excusa con la que romper la intensa y muda comunicación que se estaba produciendo entre ellos. Seguro que estaba interpretando erróneamente los mensajes. No era cariño lo que se suponía que debía haber entre ellos, sino mera carnalidad…

—Quiero que me des tu número —dijo Gabe a la vez que sacaba su móvil del bolsillo. Roxie lo miró con expresión de perplejidad—. Voy a estar fuera la próxima semana, así que necesito tu número —explicó, y añadió—: Por si acaso.

¿Por si acaso?

—No tengo móvil. No lo necesito.

—Claro que lo necesitas —dijo Gabe sin ocultar su asombro—. Todo el mundo lo necesita.

—Pues yo no —era un gasto que Roxie no necesitaba. Las pocas llamadas que hacía solían ser locales, y utilizaba el teléfono de la tienda de regalos en la que trabajaba.

—¿Y si se te estropea el coche en alguna carretera perdida?

—No conduzco por carreteras perdidas —dijo Roxie con una sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero —replicó Gabe sin devolverle la sonrisa—. Deberías tener un teléfono.

Roxie no tenía un teléfono porque no tenía nadie a quien llamar. Y así iban a seguir las cosas.

—Si no hubiera estado aquí esta noche, ¿cómo habrías llamado al fontanero?

—Ya habría encontrado alguna manera de solucionarlo —contestó Roxie con frialdad.

Unos minutos después, cuando ambos habían dado buena cuenta de sus respectivas hamburguesas, Gabe dijo:

—¿Quieres salir esta noche? —su buen humor había regresado, al igual que su pícara sonrisa—. Sospecho que últimamente no has salido mucho. Conozco un par de sitios.

Roxie sintió por un instante que todo su mundo se balanceaba al borde de un precipicio.

—Fui a bailar con las Blade después del primer partido, la noche

que decidiste volver pronto a casa —dijo con todo el desenfado que pudo simular.

—Otra vez será —Gabe se encogió de hombros y sonrió abiertamente—. Pero confieso que he visto estos asomando de la última caja del garaje —se inclinó a recoger algo de una silla contigua.

—Oh, los recuerdo —Roxie vio el par de viejos discos que Gabe sostenía en la mano y sintió que el hielo amenazaba de nuevo su corazón. Eran los discos que le había puesto a su abuelo en los últimos días de su vida.

—Seguro que tienes algún tocadiscos en esa tienda de antigüedades que llamas tu estudio.

—En algún lugar bajo otro millón de cosas —contestó Roxie, que no quería sacarlo.

—Da igual —Gabe dejó los discos en el asiento y volvió a tomar su móvil—. He encontrado un par de esas canciones en Internet y las he descargado —tocó la pantalla y la música empezó a sonar—. Vamos, no puedes negarte después de la asombrosa comida que te he preparado —añadió mientras se levantaba y le ofrecía una mano.

Tras una momentánea duda, Roxie apartó la silla de la mesa y aceptó su mano, porque estaba deseando disfrutar del placer de la cercanía de Gabe, de sus caricias. Quería volver al sencillo mundo del placer sin más complicaciones.

Disfrutó del baile más de lo que creía posible. Gabe la llevó de un lado a otro de la terraza con la habilidad de un auténtico profesional del baile. Sin aliento, Roxie se apartó un poco para mirarlo al rostro.

Él movió la cabeza y sonrió con ironía.

—Tampoco pensabas que supiera bailar, ¿verdad? No me consideras capaz de hacer bien muchas cosas aparte del sexo, ¿verdad?

Roxie se puso en guardia al instante. Consideraba a Gabe capaz de muchas cosas, pero no necesitaba que además la engatusara con su habilidad para cocinar y bailar. No era justo por su parte, sobre todo teniendo en cuenta que lo que había entre ellos no era más que una aventura pasajera.

—¿Estás buscando cumplidos? —murmuró con ligereza—. ¿Tú, el médico al que acuden las bailarinas simulando alguna lesión con el mero fin de acercarse a él?

Gabe sonrió mientras la retenía contra sí para seguir moviéndose. Roxie cerró los ojos mientras le dejaba hacer. Resultaba tan fácil apoyarse contra él, dejarle sostener todo el peso,

aceptar aquello y más de él… Pero Gabe no quería dar más, y si ella se dejaba llevar, si se permitía depender, seguro que acabaría queriendo más, ¿y acaso no estaba decidida a no caer en algo así, en algo que sin duda acabaría mal? Acercarse demasiado a otro siempre acababa causando dolor, pérdida, algo que no quería volver a experimentar.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Gabe con suavidad, invitando a las confidencias.

Roxie intuyó en seguida que Gabe no estaba actuando como «hombre», sino como médico. ¿Estaría cuidándola porque sentía lástima por ella, porque le había hablado de los últimos días de la vida de su abuelo? Era agradable que se preocupara por ella, pero no era una preocupación «médica» lo que quería de él.

De manera que no quería hablar. No quería nada de él. Se apartó de sus brazos.

—Lo cierto es que estoy bastante cansada —dijo con frialdad.

—De acuerdo —Gabe no trató de retenerla cuando se apartó sin mirarlo a los ojos—. Yo tengo que fregar.

Aquello alcanzó de lleno a Roxie.

—Oh. Debería ocuparme yo…

—Yo he ensuciado la cocina y yo me ocupo de limpiarla —contestó Gabe con una forzada sonrisa.

Roxie lo miró y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no pedirle que subiera con ella. De repente no quería estar sola. Quería volver a estar entre sus brazos… Pero no podía perseguir un sueño que desaparecería en un abrir y cerrar de ojos, de manera que se volvió y subió las escaleras sola.

Frustrado, Gabe la dejó ir, sin saber cómo penetrar las barreras defensivas que Roxie era capaz de erigir en un instante. Tumbado en la cama, contempló la luz de su ventana. Ya eran más de las dos de la madrugada cuando la apagó. Menos de cuatro horas después, Gabe escuchó el sonido de la manguera en el jardín. Tenía que irse al aeropuerto e iba a pasar las siguientes cinco noches en Sídney, pero antes quería verla.

Cuando salió al jardín notó en seguida la palidez del rostro Roxie, las oscuras marcas que había bajo sus ojos. No podía ocultar por completo su tensión, y él no sabía cómo hacerle salir de su concha, cómo lograr que se abriera a él… algo que, aunque no entendía bien por qué, deseaba con todas sus fuerzas.

Roxie soltó la manguera y avanzó hacia él con paso decidido. Sus ojos ardían, y la femenina agresividad de sus movimientos hizo que pareciera mucho más fuerte de lo que era. Cuando llegó hasta

Gabe no le dio la oportunidad de decir nada. Fue ella quien guio el baile que se produjo a continuación, quien se montó a horcajadas sobre él dándole la espalda. Gabe disfrutó viendo cómo el pelo le acariciaba la espalda, disfrutó deslizando las manos por las deliciosas curvas de su firme trasero, disfrutó tomando en ellas sus pechos para luego deslizarlas hasta su sexo y acariciarla hasta hacerle enloquecer de deseo. Pero también quería ver sus ojos. Quería conocerla… conectar de una manera mucho más completa que aquella.

Sabía que Roxie estaba más decidida y agresiva que nunca, más hambrienta, más lanzada, más exigente. Tuvo que apretar los dientes para contenerse mientras ella lo cabalgaba, gemía y sudaba… pero ni siquiera la experiencia sexual más intensa de su vida le bastaba ya.

Roxie se arqueó cuando alcanzó el orgasmo, y su grito de liberación asustó a los pájaros que aún dormían a las seis de la madrugada en las ramas de los árboles. En cuanto su cuerpo comenzó a languidecer, Gabe la tumbó boca abajo y sostuvo su rostro para contemplar aquellos ojos aturdidos por el sexo mientras la penetraba todo lo profundamente que podía.

Esperó jadeante mientras se controlaba. Porque se negaba a seguir teniendo sexo con Roxie. Ahora quería hacerle el amor, quería entregarse por completo a ella.

Roxie abrió los ojos y negó con la cabeza pero Gabe la sujetó de manera que no pudiera escapar a su beso. Y, poco a poco, todo empezó de nuevo. Cada movimiento, cada caricia, estuvieron colmados de cariño, de pasión. Roxie no tardó en empezar a reaccionar una vez más, y el no dejó de besarla hasta que un renovado y delicioso gemido de placer empezó a surgir de su garganta, hasta que murmuró su nombre una sola vez, hasta que se volvió suave, cálida, maleable… suya.

Finalmente, Gabe enterró el rostro en la cálida suavidad de la piel de Roxie y se dejó llevar por las poderosas e intensas sensaciones que se adueñaron de su cuerpo.

Después, Roxie permaneció con los ojos firmemente cerrados, aparentemente dormida. Gabe se irguió, la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio, donde la dejó en la cama. En su cama, no en la de ella. Roxie no abrió los ojos cuando la cubrió con la manta y le dijo que durmiera. Él sabía que estaba despierta, y pudo sentir la tensión que emanaba de su cuerpo, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

Capítulo Once

Sentado en la habitación de su hotel, en Sídney, Gabe rio sin humor al recordar que solo dos semanas atrás había planeado pasar unas noches locas aprovechando aquel viaje. La idea de tener relaciones sexuales con una desconocida lo dejaba frío… y flácido.

No podía llamar a Roxie por teléfono, de manera que acabó viendo en el ordenador el vídeo del último partido del equipo, en el que salían las Blade bailando. Vio tres veces seguidas los momentos en que aparecía Roxie alzando sus largas piernas, el pelo al viento, las mejillas sonrosadas y una gran sonrisa en el rostro… Era la mujer más sexy que había conocido.

¡Y ya no se sentía tan flácido!

Había salido otras veces con bailarinas, pero nunca se había visto reducido a ver vídeos de ninguna de ellas una y otra vez.

Apagó la pantalla y se tumbó en la cama. No le gustaba que Roxie no le hubiera dicho nada aquella mañana. Que lo hubiera utilizado. Tenía algo más que ofrecerle que aquello, y quería que lo supiera, que se diera cuenta de ello, que lo quisiera, que lo aceptara.

Pero la distancia hizo que surgieran las dudas. ¿Habría imaginado la calidez y el cariño con que le había devuelto el abrazo? Necesitaba saber que las emociones de Roxie estaban tan involucradas en aquello como las suyas.

Se irguió, frustrado de impotencia. Seguro que había algo que pudiera hacer. Miró el teléfono y sonrió al pensar en lo evidente. Tomó su cartera y la llave del hotel y salió a la calle, agradeciendo que en aquella ciudad las tiendas estuvieran abiertas las veinticuatro horas del día.

Roxie trabajó hasta tarde en la tienda para evitar enfrentarse al vacío que la aguardaba en la casa del árbol.

Lo sucedido aquella mañana había sido aterrador, magia descontrolada. De manera que en realidad se alegraba de que Gabe se hubiera ido. Así había tenido tiempo de recordar sus metas para el futuro: viajar y ser independiente, conservar un espíritu libre y un corazón sin ataduras.

Cuando regresó a la casa tuvo que sortear la maquinaría que había acudido a reparar los problemas de las cañerías del barrio, que no se habían limitado a afectar a su casa. Las consecuencias de los últimos terremotos que habían asolado el país aún seguían aflorando en diversas partes de la ciudad. En realidad ella había tenido bastante suerte, pues su casa y su lugar de trabajo apenas se habían visto afectados, de manera que no iba a quejarse ahora.

Pero cuando vio la casa desde el jardín notó en seguida que algo no andaba bien. Uno de los ventanales de la fachada principal estaba anormalmente inclinado hacia el árbol. Cuando entró para ver qué estaba sucediendo ni siquiera pudo llegar hasta la ventana. El suelo estaba hundido a ojos vista en la zona del ventanal y la madera crujió peligrosamente bajo sus pies.

Salió de la casa rápidamente. No necesitaba un nivel para constatar que la pared se estaba inclinando. ¿Por qué se estaba hundiendo ahora, después de haber sobrevivido a todos los terremotos?

Volvió rápidamente a la tienda de regalos y llamó a una empresa de ingeniería que le envió un ingeniero a primera hora de la mañana del día siguiente. Estuvo con él todo el rato, tratando de mantener el control mientras el ingeniero inspeccionaba los daños. Los cimientos habían desaparecido. Las raíces del árbol se habían podrido, dejando un agujero gigante bajo la casa. Era posible que las vibraciones provocadas por la maquinaría que estaba trabajando en la calle hubieran agravado el problema, pero habría acabado por suceder en cualquier caso. Y si no se hacía algo en seguida, la casa podía hundirse.

Roxie contempló las ramas del árbol. Lo que confería a aquella casa su belleza, su singularidad, iba a ser en último extremo la causa de su destrucción.

El ingeniero no paró de disculparse mientras daba explicaciones, especialmente cuando Roxie le preguntó a cuánto podía ascender la reparación. Prometió enviar a otro ingeniero para tener una segunda opinión, pero de momento no le quedaba más remedio que declarar la casa como inhabitable hasta que se hicieran las reparaciones.

Roxie sintió que se le helaba la sangre mientras procesaba la información. «Inhabitable» significaba que iba a perder a Gabe como inquilino, lo que significaba que también iba a perder sus ingresos.

Cuando el ingeniero se fue, Roxie se sintió terriblemente impotente y disgustada. Se volvió hacia el jardín y el huerto que

había atendido tanto tiempo con la esperanza de poder ayudar a su abuelo. Las plantas, cargadas de frutos, parecieron burlarse de ella. Furiosa, comenzó a arrancarlas con las manos desnudas. Masculló una maldición cuando las hojas de las tomateras le desgarraron las palmas de las manos, pero no paró hasta dejar yermo el terreno en que había crecido el huerto.

Gabe frunció el ceño cuando el taxi se detuvo ante la casa de Roxie; algo había cambiado en la casa. Tras pagar por el trayecto y salir notó cuál era la diferencia. El seto había sido recortado de manera que había un ancho paso hacia al interior.

Cuando entró vio a Roxie en el jardín.

—¿Qué está pasando? —preguntó, conmocionado.

—Has vuelto antes de lo que esperaba —dijo ella con una sonrisa mientras bajaba las escaleras de su estudio calzada con unos zapatos de tacón.

Al ver el lugar en que antes estaba el huerto, Gabe se quedó boquiabierto.

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

Roxie apartó un mechón de pelo de su frente y Gabe notó que tenía un largo corto en el dorso de la mano.

—El huerto era demasiado grande. Seguro que no le habría gustado a ningún posible comprador.

—¿Un posible comprador? —repitió Gabe, perplejo.

—Voy a vender. Es lo mejor que puedo hacer —Roxie volvió a sonreír—. Debería haberme decidido antes.

Gabe miró a su alrededor sin ocultar su desolación.

—¿Pero qué has hecho, Roxie?

—He limpiado un poco el jardín —Roxie rio como si la reacción de Gabe estuviera siendo exagerada—. A fin de cuentas, el lugar será comprado por alguna empresa constructora que lo rehará todo.

—¿Qué? —el corazón de Gabe latía con tal fuerza que no estaba seguro de haber escuchado bien.

—Tranquilo —dijo Roxie, sonando muy segura de sí misma—. Echa un vistazo a la casa.

Al ver que no decía nada más, se volvió y vio una nota oficial clavada en la puerta. Había visto montones de notas parecidas en los meses posteriores al terremoto.

—¿Por qué han puesto esa nota en tu casa?

—Los cimientos han desaparecido. Ya se ha hundido un poco y por lo visto podría desmoronarse en cualquier momento.

—Los cimientos pueden arreglarse.

—No en esta ocasión.

Gabe no podía creer que estuviera sucediendo aquello. No podía creer que Roxie se sintiera tan tranquila.

—No tienes por qué vender —dijo con firmeza.

—No puedo permitirme arreglarla.

—¿Y el seguro?

Roxie le dedicó una sonrisa carente de humor.

—No hay seguro, Gabe. No podíamos permitírnoslo. Ni para el coche, ni para la casa y su contenido, y no tengo ahorros de ninguna clase. Tuvimos suerte de que no se hundiera con el terremoto. He pasado el último año tratando de reparar los daños superficiales, pero no puedo permitirme las reparaciones que son imprescindibles ahora.

—Roxie…

—Siento lo de tu alquiler —interrumpió ella—. No ha sido la mejor bienvenida después de tu viaje. Ni siquiera vas a poder quedarte aquí esta noche.

—Si yo no puedo quedarme, tú tampoco.

—No voy a quedarme. Mi vuelo sale a las tres de la madrugada.

—¿Qué?

—He adelantado mi viaje.

Aquello supuso una conmoción para Gabe.

—Así que vas a huir.

—No estoy huyendo —finalmente hubo un destello en la mirada de Roxie… un destello de irritación—. Voy a seguir adelante con mi vida. Aquí ya no me queda nada.

—¿Yo no soy nada? —preguntó Gabe sin poder contenerse.

Algo volvió a destellar en la mirada de Roxie antes de que aquella maldita sonrisa volviera a curvar sus labios.

—Claro que no eres nada. Has sido mi educador.

Gabe se sintió aturdido al escuchar aquello. ¿Roxie seguía viéndolo tan solo como a un tío con el que pasar un buen rato?

—Creo que hay algo más Roxie. Puede que no tengas la suficiente experiencia como para saberlo.

Roxie se encogió de hombros con expresión despreocupada.

—Tengo la suficiente experiencia como para saber que no es más que una aventura. Ninguno de nosotros quería otra cosa.

Gabe sintió que su mundo se iba hundiendo con cada nueva palabra de Roxie.

—Yo podría comprar la casa —dijo.

—No quiero que te sientas obligado a ayudarme.

—No es eso. Quiero la casa. Siempre he querido esta casa. Solo necesita una nueva cimentación. No la compraría por compasión.

—No puedes evitarlo, Gabe —dijo Roxie, nuevamente sonriente —. Eres médico. Llevas en la sangre el afán de ayudar a los demás. Eres un buen tipo, pero no voy a permitir que te pongas caballeroso conmigo porque hayas tomado mi virginidad.

—No trates de decirme lo que debo o no debo hacer. Si quiero la casa, la compraré.

—Este es mi problema, Gabe, no tuyo —dijo Roxie con exasperante calma—. Y no te preocupes, porque recuperarás tu fianza.

—Me da igual el maldito dinero.

—Solo tú puedes permitirte pasar del dinero.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Gabe, cada vez más irritado.

—Estás tan acostumbrado a hacer lo que quieres, a lograr tus objetivos. ¿Has tenido que luchar alguna vez de verdad por algo, Gabe? —preguntó Roxie en tono más cortante.

—He tenido mis batallas.

—¿Decepcionar las expectativas de tu familia? —preguntó Roxie burlonamente.

Gabe pensó que en aquellos momentos estaba muy lejos de obtener lo que quería. Aquello era una novedad para él. Y no le gustaba.

—Este lugar ya no merece mis esfuerzos. Ha llegado el momento de dejarlo.

—Roxie… —empezó Gabe, pero se interrumpió al ver que ella se tensaba.

Y entonces fue cuando lo supo. Roxie podía estar muriéndose por dentro, pero había tomado una decisión y era la persona más fuerte que había conocido nunca. Había elegido su camino y lo estaba siguiendo, así que, ¿por qué tratar de interponerse en su camino? Si era aquello lo que quería, ¿por qué ponerle las cosas más difíciles?

—Te he comprado algo en Sídney —dijo, tratando de aligerar el tono mientras sacaba el nuevo teléfono del bolsillo y se lo alcanzaba —. No tienes que preocuparte por los gastos. Ya está todo cubierto.

Roxie abrió los ojos de par en par.

—No puedo aceptar esto de ti, Gabe…

—Claro que puedes —Gabe forzó una sonrisa—. Tiene una buena cámara… te vendrá bien para tus viajes…

—Gabe…

—Vivimos en la era de los móviles, Roxie, y necesitas uno. Puedes utilizarlo de despertador, de linterna, tiene GPS… —Gabe se interrumpió al notar que Roxie parecía cada vez más distante—. Puedes mandarme algún mensaje cuando quieras, o una foto…

Roxie sonrió al escuchar aquello último y tomó el teléfono de las manos de Gabe.

—Lo que quieres es una foto sexy, ¿no?

—Solo quiero que puedas ponerte en contacto si lo necesitas…

—Me encantaría ponerme en contacto ahora —susurró Roxie a la vez que se acercaba a él—. Aún hay algunas posturas de mi lista que no hemos probado —añadió a la vez que sacaba la lista de un bolsillo.

Gabe no llegó a ver la lista porque la furia hizo que lo viera todo rojo.

—¿Has arriesgado el cuello volviendo a entrar en la casa a por esa lista? —preguntó, contemplando con ira el maquillaje de Roxie, su bonito vestido, sus zapatos… ¿se habría preparado para disfrutar de una última noche con él? ¿Tan solo era eso para ella? ¿Un objeto que utilizar?

—También habría ido a por tus cosas —dijo Roxie en tono de disculpa—, pero no quería ponerme a husmear en tus asuntos personales —apoyó una mano contra el pecho de Gabe y bajó la vista—. Sube al estudio conmigo. Podemos compartir mi última botella de champán.

¿Acaso quería utilizarlo para olvidar el dolor que sin duda le había producido perder la casa?

Pero no pensaba permitir que se saliera con la suya. Si todo había terminado, que terminara ya. No pensaba seguir siendo su juguete hasta que decidiera descartarlo del todo.

Y además estaba muy enfadado.

—Creo que ya no tengo nada que enseñarte —dijo a la vez que hacía un supremo esfuerzo para apartarse de ella.

Herida en su orgullo, Roxie observó cómo entraba en la casa. Había querido superar aquella última y horrenda noche divirtiéndose con el único hombre del mundo con que podía hacerlo. De hecho pensaba que aquella sería la única manera de superar aquella noche. Y necesitaba desesperadamente sentir a Gabe dentro de ella por última vez. Porque aquello no iba a repetirse nunca más.

Pero Gabe acababa de dejarla plantada. Y se sentía desolada.

Subió corriendo a su estudio para no desmoronarse allí mismo.

Se sentó en el borde de la cama y miró el teléfono que sostenía

en la mano. Incapaz de resistirse, presionó el botón para encenderlo. La foto de la pantalla era de las Blade. El sonido de llamada elegido por Gabe era el de una de las canciones que habían bailado. Solo había un contacto en la lista: el de Gabe Hollingworth, con foto y todo.

Roxie miró a su alrededor y su mirada se posó en la nevera. Se acercó, abrió la puerta y metió el teléfono en el congelador. Luego se apartó como si lo que hubiera metido fuera una bomba.

Desde el ventanal de su habitación a oscuras, Gabe vio a Roxie metiendo el teléfono en la nevera. No era lo que esperaba, pero, ¿de qué se extrañaba? Roxie lo había puesto a congelar, como sus sentimientos.

Demasiadas horas después, esperó al pie de sus escaleras. Apareció a media mañana, preciosa pero con un aspecto terrible, ocultando la falta de sueño bajo una buena capa de maquillaje.

—Voy a llevarte al aeropuerto —Gabe se levantó para dejarla pasar.

—Estupendo —Roxie forzó una sonrisa a través de sus pinturas de guerra.

—¿Llevas tu teléfono? —preguntó Gabe en el tono más desenfadado que pudo mientras entraban en el coche.

Roxie no dejó de sonreír mientras asentía, pero Gabe vio cómo se frotaba nerviosamente las manos. Simuló ir a poner en marcha el coche y a continuación se dio una palmada en la frente.

Era obvio que no tenía intención de permanecer en contacto con él. Reprimió la rabia que le produjo comprobarlo. Debía conservar la calma. Roxie era la primera mujer que lo dejaba plantado, y probablemente ese era el motivo de que se sintiera tan irritado.

Roxie permaneció en silencio durante todo el trayecto al aeropuerto. Habría querido que Gabe se limitara a dejarla en la entrada, pero aparcó e insistió en acompañarla.

Quería perderlo de vista cuanto antes, pues temía perder la compostura en cualquier momento. Le dolía verlo tan cómodo respecto a su marcha, y eso era una prueba más de que había tomado la decisión correcta. Apenas pudo creerlo cuando Gabe la tomó por la barbilla y la miró con una expresión ligeramente burlona.

Menos mal que le había dicho que no la noche anterior. De lo contrario, no habría sido capaz de pasar una noche de mera pasión carnal. Se habría aferrado a él y le habría rogado que le diera todo

lo que sabía que no quería darle.

Lo del teléfono había sido un gesto amistoso. Pero ella no quería su amistad. Se suponía que era su amante. Y se suponía que solo tendría que haberlo sido una vez. Pero no habían parado desde que se habían conocido, y su relación se había convertido en algo más…

Pero Gabe estaba redefiniendo su relación de un modo aún peor. Se mostraba preocupado y cariñoso, y quería que permanecieran en contacto como «amigos». Resultaba humillante cuando lo que realmente quería ella era…

¡No!

Sabía que no podía permanecer en contacto con él. Iba a dejar atrás aquella parte de su vida. Si realmente quería ser libre, tenía que cercenar todo contacto.

—Ya sé que tu abogado va a ocuparse de la venta de la casa y sus objetos —dijo Gabe—, pero yo también estaré al tanto.

Roxie asintió y trató de sonreír para mostrar su gratitud. Miró por última vez los preciosos ojos negros de Gabe. Tenía la garganta tan atenazada por las ganas de llorar que fue incapaz de hablar.

—Espero que todo sea como lo has soñado —susurró Gabe.

Roxie apenas asintió, porque de pronto supo que lo que realmente quería lo tenía ante sí. Quería que Gabe la amara, la deseara, que la abrazara y la retuviera a su lado… Pero él no quería hacerlo.

Parpadeó, tratando de reaccionar, pero se sentía paralizada.

Oyó que Gabe suspiraba profundamente antes de apoyar una mano en su hombro para hacerle darse la vuelta.

—Ve —murmuró a la vez que la empujaba con suavidad—. Vete ya.

Roxie no se volvió mientras se alejaba de él con pasos de autómata.

Capítulo Doce

El vuelo duró una eternidad. Una eternidad durante la cual Roxie fue incapaz de dejar de pensar en Gabe. Si se lo hubiera pedido, se habría quedado. Habría caído literalmente en sus brazos. Pero Gabe se había limitado a decirle que se fuera.

De manera que había llegado a Londres y había acudido a todas las atracciones turísticas: el palacio de Buckingham, la Torre de Londres, el museo de cera… Al final de la primera y triste semana, enfadada consigo misma por seguir sintiéndose tan mal, sacó una entrada para acudir a ver el Royal Ballet en Covent Garden, algo que llevaba soñando hacer dos décadas.

El teatro era maravilloso, los bailarines eran maravillosos… pero su corazón no estaba allí. Contempló a los magníficos bailarines… y odió cada segundo. En el intermedio decidió salir del teatro. Y entonces fue cuando se detuvo en seco, sin saber qué diablos estaba haciendo, qué debería hacer, o qué quería hacer. Estaba totalmente sola en medio de una ciudad desconocida. Justo como creía que quería estar.

Pero lo cierto era que había cometido un grave error.

—Roxie.

Se volvió. Nadie en aquella ciudad sabía quién era. Nadie sabía dónde se hallaba en aquellos momentos, de manera que, ¿quién podía estar llamándola?

Debía estar viendo fantasmas, porque había un tipo junto a la entrada del teatro que era igual que Gabe.

Parpadeó, pero la visión se encaminó hacia ella con paso firme.

—¿No te gusta el ballet? —dijo cuando estuvo más cerca—. ¿Por qué has salido antes de que acabara la función.

—No me ha parecido lo suficientemente realista.

Gabe alzó las cejas.

—Una chica es abandonada por un tipo y muere de pesar. Luego regresa como un fantasma y protege al tipo de otras mujeres desdeñadas. ¿Qué parte no te parece realista? —preguntó con una sonrisa.

Roxie creía estar soñando.

—Odias el ballet, así que, ¿cómo es que conoces la historia de Giselle?

—Porque ya he visto el ballet tres veces —replicó Gabe con una sonrisa.

—¿Tres veces?

—Estoy seguro de que la mujer de la ventanilla piensa que soy un acechador, cosa que más o menos soy —al ver que Roxie se quedaba mirándolo con expresión de total perplejidad, añadió—. Así que, ¿cuál es la parte que te ha parecido menos realista?

—No me ha gustado que la chica muriera de tristeza porque el chico la deja —murmuró Roxie.

—¿Y qué crees que debería haber hecho? ¿Qué habrías hecho tú? —Gabe esperó un momento a que respondiera. Al ver que no lo hacía, respondió él mismo—. ¿Debería haber hecho el equipaje y haberse marchado a vivir una aventura?

—No, debería haberse enfrentado a él y haberle dicho lo que pensaba —contestó finalmente Roxie, pensando que eso era lo que debería haber hecho ella.

—Me parece justo —dijo Gabe—. Pero creo que te gusta más la segunda parte. Porque en esa parte Giselle demuestra su fuerza. Hace lo posible por proteger al tipo porque lo ama de verdad. Y ser capaz de amar tan profunda y apasionadamente es maravilloso. Es poco común y es un regalo.

Roxie sintió los intensos latidos de su corazón. Se negaba a creer que aquello pudiera ser lo que quería, de manera que trató de bromear.

—¿Me estás diciendo que has disfrutado con el ballet?

—Bueno, he visto algunos paralelismos.

—Yo no estoy a punto de morir de pena —protestó Roxie, repentinamente indignada. No le gustaba que Gabe pensara que era débil.

—Ya lo sé —Gabe sonrió—. No era a eso a lo que me refería. Te pareces a Giselle en tu capacidad de amar tan profundamente.

—¿Qué te hace pensar eso? —murmuró Roxie, sintiéndose muy vulnerable.

—Tú lo das todo —inclinó su rostro hacia ella hasta que casi se tocaron—. ¿No vas a preguntarme qué hago aquí?

—¿Debería preguntártelo? ¿No quieres decírmelo?

—No debería haberte dejado en la estacada —dijo Gabe, repentinamente serio.

—Tú nunca me has dejado en la estacada —replicó Roxie sinceramente.

—Sí lo he hecho.

—Tenías derecho a decirme que no.

—Te decepcioné y me decepcioné a mí mismo al dejarte ir sin decirte lo que sentía. Debería haberlo hecho, pero el orgullo me lo impidió. Y el dolor. Ahora me siento tan mal que estoy dispuesto a pedir perdón de rodillas tantas veces como haga falta. Me preguntaste si alguna vez había tenido que luchar de verdad por algo —continuó Gabe—. Dijiste que si lo hubiera hecho habría sabido cuando una lucha merecía el esfuerzo. Ahora estoy luchando, ¿y sabes por qué?

Roxie negó con la cabeza.

—Estoy luchando por ti. No quería que te fueras. Debí decírtelo, pero no quería impedir que te fueras. No quería interponerme en tu camino y pensaba que tú no querías… —Gabe se interrumpió al ver que Roxie lo seguía mirando como si fuera una aparición. Apoyó las manos en su cintura para atraerla hacia sí, pero Roxie apoyó las manos contra su pecho para impedírselo.

—Te conozco, Gabe —dijo con aspereza—. Eres un sanador, no alguien que hace daño a otras personas. Odias la idea de hacer daño a alguien. Pero yo soy fuerte. No soy como Diana. No me voy a desmoronar.

—La verdad es que me gustaría que lo hicieras —Gabe la atrajo hacía sí—. Ojalá te hubieras abierto a mí y me hubieras dicho lo que sentías. No pasa nada por reconocer que uno está disgustado. No pasa nada por pedir ayuda. No tiene nada de malo necesitar algo de alguien. Sé lo fuerte que eres. Eres la persona más fuerte que he conocido, de manera que no siento ninguna lástima por ti. En todo caso la siento por mí, por tener que igualar el nivel de tu coraje. No creo que seas alguien a quien haya que rescatar. Más bien al contrario. Eres muy valiente, y muy independiente. No pretendo que dejes de hacer lo que deseas, pero quiero un lugar en tu vida y pienso luchar por conseguirlo, Roxie. Creo que te estás perdiendo la mayor aventura de todas, conmigo. Quiero que seas así para mí —Gabe apoyó una mano en la mejilla de Roxie y miró sus preciosos ojos azules, cargados de un dolor que estaba deseando aliviar—. Sabes que no quería ningún compromiso. Creía tener mi vida perfectamente planeada, pero entonces te conocí, y ahora sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. Así que permanece conmigo. Apóyate en mí. Eso es lo que hacen las personas que se quieren. Siento que perdieras a tu familia, pero no puedes huir de volver a amar. Eso no sería vivir. Necesitas tus conexiones, tu historia. Necesitas tu hogar, y siento si al haber estado allí conmigo ha estropeado el lugar para ti. ¿Fue eso lo que pasó? —añadió, casi con temor.

—Oh, no, claro que no —dijo Roxie con expresión angustiada—. Simplemente no podía aguantar más… había perdido en esa casa a todos los que amaba —se mordió el labio antes de añadir—: Incluyéndote a ti.

—Nunca me has perdido —dijo Gabe a la vez que le hacía alzar el rostro con delicadeza—. Pero no me dejes ahora en el desierto, Roxie. Te quiero. Lo quiero todo contigo.

Mientras la observaba, Gabe vio que los labios de Roxie se curvaban levemente y que parpadeaba. La mirada que le dedicó fue más directa, más fuerte, más verdadera.

—¿Todo?

El matiz burlón de su pregunta hizo regresar a la Roxie de siempre, y Gabe sintió que sus huesos se derretían.

—Todo —prometió.

Roxie se aferró a él como si no fuera a soltarlo nunca. Se puso de puntillas y susurró.

—Ya sabes que tengo una gran imaginación…

—Estoy deseando ver qué piensas añadir a mi lista —murmuró Gabe contra sus labios.

—¿Tienes una lista?

—Ven conmigo y te la enseñaré —contestó Gabe antes de besarla.

Roxie sintió que su espíritu se elevaba con la fuerza del corcho de una botella de champán al ser descorchada.

—Por favor, no me dejes marchar nunca más.

—Nunca —dijo Gabe con firmeza—. Y ahora, vamos a algún sitio antes de que nos arresten por escándalo público.

—Tal vez podríamos dedicarnos a viajar juntos cuando termine la temporada —sonrió Roxie cuando ya estaban en un taxi—. Yo podría volver y seguir bailando con las Blade, aunque sea de sustituta. Me siento mal por haber dejado plantada a Chelsea —al ver que Gabe permanecía muy quieto, sin decir nada, añadió—: Quiero volver contigo. No quiero hacer este viaje sola. Quiero ir a todos los lugares divertidos, pero quiero hacerlo contigo. No pienso dejar que te vayas.

Gabe la estrechó entre sus brazos sin decir nada. Se limitó a abrazarla como ella necesitaba ser abrazada mientras asimilaba que todo aquello era cierto, que Gabe había ido a buscarla, que la amaba y quería estar con ella.

Cuando se apartó, Gabe la miró a los ojos.

—Voy a comprar la casa del árbol —dijo.

—¡Oh, Gabe! Eso no puedo permitírtelo. No merece la pena.

—En ese caso será mejor que la saques del mercado y me dejes utilizar el dinero para arreglarla. Adoro esa casa, como tú. No vamos a desprendernos de ella.

La emoción hizo que Roxie fuera incapaz de decir nada. Gabe sonrió.

—Arreglaremos el árbol, y replantaremos el huerto y el seto.

Roxie respiró profundamente y logró asentir. Gabe tomó su rostro entre las manos y la besó una y otra vez. Afortunadamente, el hotel estaba cerca.

Las siguientes horas transcurrieron en una bruma de mágica sensualidad, de susurros de amor y confianza, de promesas y caricias que los llevaron a la cima del placer.

Después, mientras disfrutaban de un cálido baño con sales en la enorme bañera de la suite, Roxie se estiró felinamente y sonrió viendo a Gabe ante ella, con su magnífico cuerpo semioculto entre la espuma.

—¿Y si no me hubieras encontrado en el ballet? ¿Cuántas noches más pensabas acudir al teatro?

—Algunas más. Habría hecho cualquier cosa.

—¿Y si me hubieras encontrado en algún club nocturno ligando? —preguntó Roxie con expresión traviesa.

Gabe entrecerró los ojos.

—Le habría dado un buen puñetazo en la nariz a tu ligue —dijo, y en seguida sonrió—. Pero en ningún momento se me pasó por la mente que pudieras estar con otro. No tú.

—No me he acercado a ningún hombre —admitió Roxie—. Estaba demasiado ocupada con mi corazón roto. Debería haberte dicho algo —añadió con pesar.

—Tenías que irte —dijo Gabe—. Llevabas mucho tiempo soñando con ese viaje. Tenías que comprobar si eso era lo que realmente querías. No quería interponerme en tu camino.

Roxie asintió lentamente.

—Sabía que no quería ir al aeropuerto —admitió con tristeza—. Me sentía incapaz de separarme de ti, pero no pensé…

Gabe se inclinó hacia ella para besarla.

—Ese fue el peor momento de mi vida —murmuró contra sus labios—. Creía que querías irte de verdad. Pero en seguida supe que había cometido un terrible error. Debería haberme ido contigo. Me llevó cuatro horas organizarlo todo para poder seguirte.

Roxie lo rodeó con las piernas por la cintura y lo abrazó. Cuando

Gabe le devolvió el abrazo, apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo que por fin estaba en casa.

—Te quiero, Gabe —susurró, y supo que nunca en su vida se había sentido más libre que en aquel instante.

Epílogo

Doce meses después

Gabe estaba esperando a Roxie cuando salió para echar el cierre. Su tienda de ropa y zapatos de baile, de maquillaje para el teatro, y de todo tipo de artículos relacionados, llevaba abierta un mes.

Aquella iba a ser la primera noche que volvían a dormir en la casa del árbol desde su regreso. Había llevado meses completar las reformas, de manera que habían alquilado un pequeño apartamento cercano y Roxie se había pasado las mañanas controlando las obras y su tienda. Por las tardes había seguido preparando coreografías con Chelsea para las Blade. Cuando lo más aparatoso de las obras terminó, replantó el jardín y el huerto.

Gabe aparcó el coche en el garaje recién remozado y, tras salir, abrió la puerta de Roxie con una floritura. Ella prácticamente salió bailando, feliz de estar de regreso en casa.

—Oh, mira, ya has recibido correo —Gabe tomó un sobre que estaba sujeto al tronco con una chincheta y se lo entregó.

Roxie lo tomó con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando lo abrió y vio lo que había dentro, se quedó boquiabierta.

—¿Entradas para el teatro de la ópera de París?

—Para Giselle, por supuesto.

—¿Eso quiere decir que vas a venir conmigo? —casi gritó, pensando que era imposible que aquel día mejorara más.

—No hay nada que me guste más en el mundo que estar contigo —dijo Gabe—. Y ya que vamos a estar en Francia, he pensado que podemos hacer una gira turística por las bodegas de los mejores champanes del mundo. ¿Qué te parece?

Roxie dio otro gritito de alegría a la vez que lo rodeaba con los brazos por el cuello.

—¡Me parece un plan fantástico!

Gabe rio y la estrechó entre sus brazos.

—Te quiero, y también quiero esta casa.

En respuesta, Roxie se limitó a besarlo apasionadamente.

—Pero aún hay un pequeño problema —dijo cuando se apartó, ocultando tímidamente el rostro en el cuello de Gabe.

—¿Qué problema?
—Solo hay dos dormitorios… y no quiero tener un solo hijo.
Gabe abrió los ojos de par en par.
—¿Estás embarazada? —preguntó a la vez que la alzaba en brazos por la cintura y daba un giro—. ¡Eso es maravilloso, cariño!
—¡No! —Roxie rio, encantada ante la reacción de Gabe—. Aún no estoy embarazada. Solo he pensado que me gustaría estarlo. Algún día… y más de una vez.
Gabe dejó de girar, pero no la soltó.
—Podemos tener todos los hijos que quieras y cuando quieras.
—¿Estás seguro? Antes no querías…
—Antes estaba equivocado sobre muchas cosas. Pero todo cambió después de conocerte —dijo Gabe. Cuando Roxie iba a responder, la silenció apoyando un dedo en sus labios—. También he traído unas cuantas botellas de champán para celebrar nuestro regreso… y he invitado al equipo a compartirlas, y también a las Blade, por supuesto.
—¿En serio? —Roxie miró a su alrededor, desconcertada—. ¿Y cuándo van a venir?
—Les avisaré en un momento, pero antes tengo algo que hacer —Gabe rodeó la cintura de Roxie con ambos brazos y la atrajo de nuevo hacia sí—. Tengo un par de condiciones para nuestro viaje a Francia.
—¿Qué condiciones?
—En mi lista, antes de los bebés está la boda, y, entre medias, está la luna de miel, en Francia.
Roxie solo podía responder una cosa.
—De acuerdo.
—¿De acuerdo?
—Oh, sí. Totalmente de acuerdo —Roxie rio y lloró a la vez mientras Gabe la besaba con auténtica adoración—. ¿De verdad has invitado a todo el equipo? —añadió cuando tuvieron que apartarse para retomar el aliento.
—Para la fiesta de compromiso. Eso es lo primero en mi lista. Y es esta noche —contestó Gabe con la respiración agitada—. Pero podemos tomarnos unos minutos antes de hacer sonar la bocina para avisar a todos, ¿no crees?
—Siempre te ha gustado dejar espacio para la creatividad —bromeó Roxie—. ¿Qué te pareces si nos tomamos unos minutos ahora y unas cuantas horas cuando se hayan ido?
—Me parece un plan ideal… para el resto de nuestras vidas —dijo Gabe a la vez que la tomaba en brazos y empezaba a subir las

escaleras que llevaban a su dormitorio.

Y Roxie supo que las burbujas de felicidad que sentía en su interior no estallarían nunca.